

BIBLIOTECA SELECCIÓN



CARLOS FRONTAURA

BARCELONA EN 1888

Y

PARÍS EN 1889

(NARRACIONES HUMORÍSTICAS)



VALENCIA

Pascual Aguilar, Editor

1, Caballeros, 1



F 44

28187

MAJESTY

B. R. Madrid

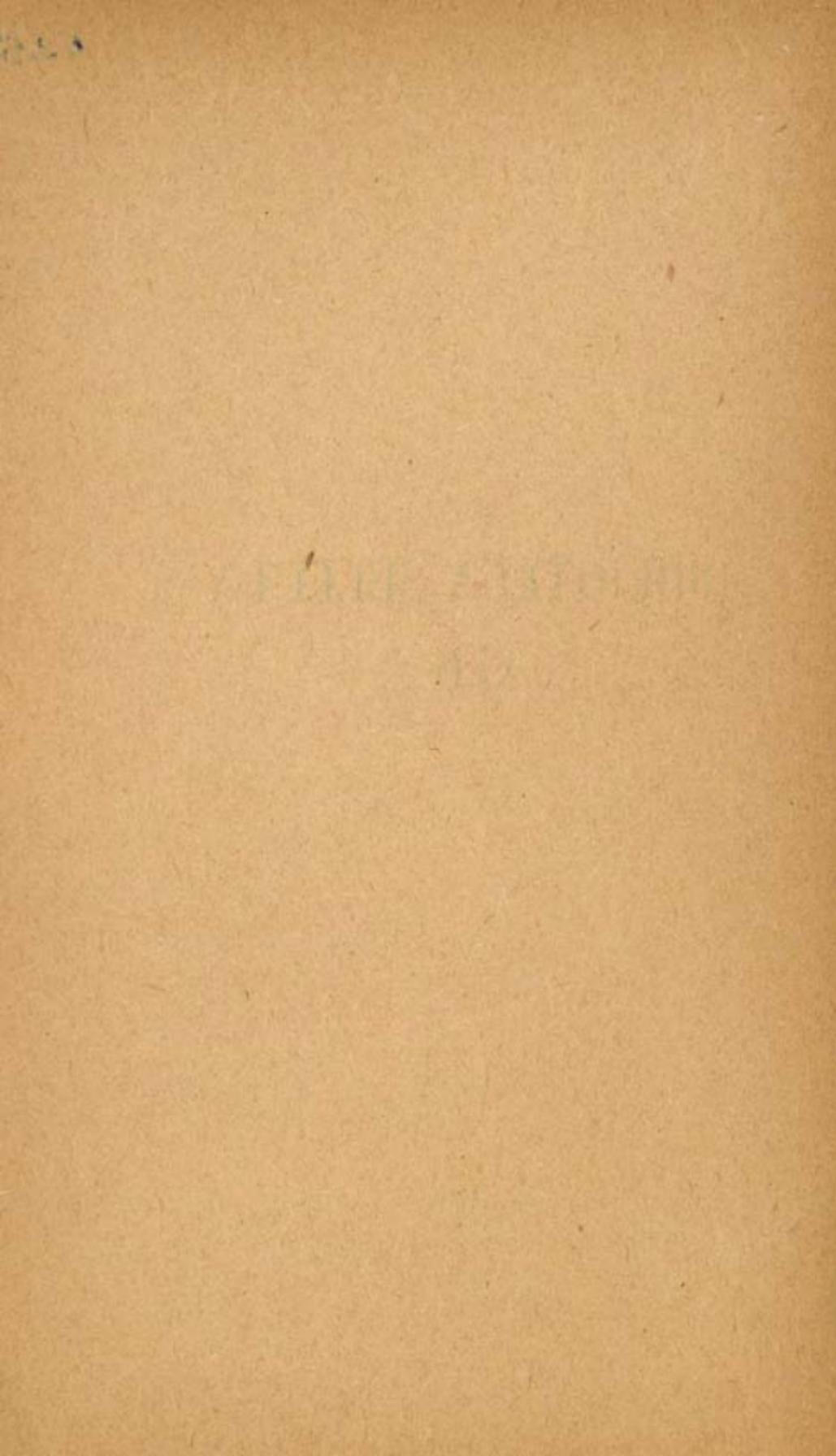


^R
62504

A-2096

BIBLIOTECA SELECTA

XLIV



CARLOS FRONTAURA

BARCELONA EN 1888

Y

PARÍS EN 1889

(NARRACIONES HUMORÍSTICAS)



VALENCIA

PASCUAL AGUILAR, EDITOR

Caballeros, 1

AL EXCMO. SR. D. CLAUDIO
LOPEZ BRU, MARQUÉS DE
COMILLAS,

*En memoria de aquel español
insigne que ennobleció con su patrio-
tismo, su talento y sus grandes vir-
tudes públicas y privadas el nombre
de ANTONIO LOPEZ Y LOPEZ.*

El autor.

BARCELONA EN 1888



BARCELONA EN 1888.

I.

Veintiseis ó veintisiete años hace que el joven D. Pedro P....., nacido en Barcelona, de padre barcelonés y madre gerundense, vino á Madrid desde aquella ciudad, provisto de poquísimos dineros y algunas cartas de recomendación para personas de prestigio ó influencia en la corte, que podían auxiliárle eficazmente en su empeño de hallar colocación decorosa en que ganar la subsistencia.

Había muerto algunos años antes su padre, persona distinguida, que, poseyendo bastantes bienes de fortuna, vino á quedar pobre por culpas ajenas y propias. La viuda, que era bizarrísima y hermosa, fué durante muy poco tiempo fiel á la memoria del difunto, y le olvidó por completo, enamorada perdidamente de las superiores prendas físicas de cierto

piloto que gozaba fama de ser el más arrogante mozo de Masnou, su pueblo natal, y con él se casó.

Tuvo la madre otros hijos, y Pedro, sin lograr el tiempo aliviarle de la pesadumbre que le abrumaba, viéndola unida al piloto, poco afecto á los hijos de éste, é infeliz dentro de un hogar ajeno, formó la resolución de buscarse la vida en otra parte, y ninguna le pareció mejor que Madrid para su propósito. Y en vano intentó su madre templar su enojo y disuadirle de su intento, y en vano el padrastro mismo, que bajo una corteza dura, era de corazón blando y generoso, le quiso persuadir de que tan su hijo le consideraba como á los propios. Pedro no cedió, y, como he dicho, se vino á Madrid, donde pronto halló la colocación que deseaba, y no solamente colocación honrada encontró, sino también, aunque le hacía menos falta, una alegre y bulliciosa andaluza, que sin duda, por ser de carácter tan opuesto al suyo, severo y circunspecto, le impresionó fuertemente, y sintióse tan enamorado, que resolvió casarse con ella como un grandísimo inocente. Tan poderosa es la fuerza del amor, que el más desconfiado y receloso, el más prudente, reflexivo y cauto truécase súbitamente en confiado y crédulo, ligero en las palabras y en las obras como un chico sin experiencia; y así, por esta fuerza del amor, vino el bueno del catalán á pensar en echar sobre sí la pesada carga de apremiantes obligaciones y necesidades, cuando contaba con escasísimos medios de satisfacerlas.

La andaluza, además de ser muy bella, era muy graciosa, y con esto se comprende que tuviera tanto atractivo su hermosura. Hija de la viuda de un militar, y del militar, por supuesto, no poseía otros bienes que la belleza de su rostro y la gallardía de su cuerpo, con lo que no estaba en la mejor situación para esperar marido tan bien acomodado como ella merecía seguramente, debiendo contentarse con uno que fuera hombre de bien y trabajador, aunque de fortuna estuviese por lo pronto á su propia altura. Claro que habría podido aguardar ocasión más ventajosa; pero su madre sabía qué rápidamente pasa el tiempo y cómo se va con el tiempo la hermosura, y en viendo tan enamorado al catalán, aconsejó á la hija que no desaprovechara tan buena coyuntura de casarse; y «Mira, hija—le dijo—has de saber que estos catalanes son los demonios para trabajar y ganar dinero, y puede que hagas una suerte loca, bien que al principio no estés sobrada de otra cosa que de amor; porque, hija, eso sí, al catalán le ha entrado tan fuerte, que si no te casas con él, no tenemos hombre ni para ocho días.»

Casáronse, y lo que sucede, pronto el catalán comprendió en qué apretado lance se había metido con tan pocos recursos, reconoció haber hecho un disparate, y no vió manera en lo humano de evitar las consecuencias. Pero hombre de conciencia, volvió á ser dueño de sí mismo, y sereno y animoso, consagróse á cumplir los deberes que contrajo por exigencias de la pasión que no supo resistir, ni hubiera po-

dido aunque supiera. Y fué un modelo de maridos y padres de familia, y lo sigue siendo, porque en cuanto á laboriosidad y exactitud en el cumplimiento de sus obligaciones, no sé de nadie que le supere.

D. Pedro ha adelantado bastante en su carrera de empleado. Hace ya tiempo que disfruta un sueldo de seis mil pesetas, pero largos años ha vivido con cuatro mil y con cinco mil, no llegando, por consiguiente, á ahorrar jamás una sola, siendo verdaderamente maravilloso que sin contraer deudas haya podido mantener decorosamente á la familia, que ahora la forman su mujer, su suegra y sus hijos, que son cuatro, dos hembras y dos varones, resto de los trece nacidos de tan prolífico matrimonio. Mentira parece que, aun siendo mucha su habilidad económica, haya podido este ejemplarísimo sujeto sufragar los gastos ordinarios de su casa y los extraordinarios de médico, botica y cementerio para nueve chicos malogrados, que algunos padecieron largas y costosas enfermedades; é imposible parece también que marido de mujer tan repetidamente embarazada, y padre de tanta y tan enfermiza prole, haya cumplido siempre sus deberes de empleado con tal asiduidad y tal celo, que no se recuerda en su oficina que haya faltado un solo día, ni jamás le haya ocurrido pedir licencia, finjirse enfermo, ó demostrar siquiera la preocupación propia de quien tenía en su hogar tantos motivos de alarma y sobresalto.

Y con esto entiendo hacer comprender bien al

discreto leyente el carácter de este varón fuerte y sereno, esclavo de su deber, y persona por muchos conceptos estimable y digna.

Muchos años, sin embargo, D. Pedro, tan conforme con su suerte, ha sentido un vivo deseo que le parecía de todo punto irrealizable: el de volver á ver, aunque fuese por breves días, á su madre, á quien acaso, pensaba, había tratado con dureza extremada. Nunca pudo reunir la cantidad precisa para el viaje á Barcelona, y hubo de resignarse á no tener otra comunicación con su madre que la postal, y nunca eran buenas las noticias que recibía. El piloto era hombre de bien, pero de poca suerte, y los hijos daban á la madre más disgustos que satisfacciones: el mayor habíase ido á América en un bareo y los otros dos trabajaban en una fábrica de tejidos, ganando mísero salario. Luego, la pobre mujer, triste y enferma, escribió menos frecuentemente, y por fin un día, recibiendo una carta enlutada, supo el hijo, antes de leerla, que había muerto su madre. El padrastro, en sentidas frases, le comunicaba la fatal noticia, y daba testimonio del amor que profesaba á la poco afortunada consorte.

Esta desgracia avivó en D. Pedro el deseo de ir á Barcelona. No estaría tranquilo mientras no pudiera arrodillarse sobre la losa que cubría los restos de su madre y pedir á ésta, con lágrimas de arrepentimiento, perdón por haber sido con ella duro é injusto. Pero ¿cuándo podría realizar esta aspiración de su

alma?... Además, amaba mucho la tierra en que había nacido, recordaba los placenteros días de su infancia, aquella Rambla sin igual donde paseaba con sus padres, el coche desvencijado que desde la plaza de San Jaime los llevaba los domingos hasta cerca de la torre que su padre había poseído en Gracia, ó á la iglesia de la Bona Nova, y lo mucho que le divertía ver atracar los botes en el embarcadero de la Puerta de la Paz. Todo lo tenía muy fuertemente impreso en su memoria, y á ciegas podría él andar por Barcelona sin perderse. Pero ¿estaría de Dios que no había de ver otra vez la ciudad en que había nacido, ni llegaría á arrojarse sobre la tumba de su madre?..... ¿Qué habría sido de sus hermanos? El piloto no le había vuelto á escribir, y los nombres de sus hermanos ni siquiera los recordaba. Después de tantos años, ¿quién le podría dar razón de personas tan obscuras é insignificantes?

Puede asegurarse que D. Pedro, aparte de su constante preocupación de padre de familia, no pensaba en otra cosa que en su amada Barcelona, y muchas veces en su casa consolábase de la contrariedad de no poder hacer el viaje hablando de Barcelona á la esposa y á sus hijos, que ciertamente no participaban de su entusiasmo. La mujer decía que no podía ver á los catalanes, gente misera y tacaña, ordenada hasta la exageración, desabrida, ruda é intratable; las hijas, dos damiselas que habían salido á la madre, se enojaban cuando su padre les decía

jovialmente que ya quisieran ellas lograr la singular fortuna de casarse con fabricantes catalanes de esos que á las seis de la mañana están en pié y no pierden un minuto del día, y dan á sus obreros ejemplo de laboriosidad; por último, los hijos, dos señoritos, el uno algo *aflamencado*, con más afición al circo taurino que á la Universidad, y el otro presumiendo de literatillo naturalista y de crítico, tan osado como ignorante, oían con la más impertinente y desdeñosa indiferencia los encomios consagrados á Barcelona por su padre, en quien suponían que era ésta una manía incurable.

—Quiera Dios—decía el padre—que os pueda llevar á todos á Barcelona, y años de mi vida diera por conseguirlo. No quisiera morir sin convenceros del error en que estáis respecto de un país que no conocéis.

La mujer, las hijas y los hijos, que oían esto mismo repetidas veces, se miraban con irónica sonrisa, y él callaba, sintiendo en el fondo del corazón la amargura del desdén de aquellos seres en quienes había puesto, excelente esposo y amantísimo padre, todos los afectos de su alma noble y honrada.

Hace dos años comenzóse á hablar del proyecto de Exposición Universal de Barcelona; la prensa debatió largamente este asunto, y expusieronse opiniones favorables y contrarias al proyecto, que á unos parecía perfectamente viable y altamente patriótico, y á otros absolutamente disparatado y de éxito desastroso.

D. Pedro se interesó grandemente en la cuestión, leyó todo lo que se escribió en pro y en contra, y aunque por su larga ausencia desconocía los elementos de todo linaje con que podían contar los catalanes, no vaciló un punto en su creencia de que si hacían la Exposición la harían bien, y no un fracaso, sino un gran triunfo sería el resultado de tan colosal empresa.

En su casa le conocían en la expresión del rostro las impresiones que traía cuando acababa de leer los periódicos. Si había leído largas y razonadas observaciones contrarias á la realización del certamen, estaba triste y preocupado. Si, por el contrario, había leído los escritos de los convencidos propagandistas de la Exposición, no podía ocultar su satisfacción de catalán, y no parecía sino que, como le decía su mujer, iba él á ganar algo con que hubiera ó no hubiera Exposición Universal.

La Exposición fué un hecho. La Reina Regente de España fué á inaugurar esta gran fiesta de la paz y del trabajo, y la nación entera se sintió orgullosa del triunfo que sus hijos los catalanes le ofrecían.

D. Pedro enloqueció de alegría, y había que verle en su casa ante el irritante desdén de su familia, ya no humilde y resignado como antes, sino satisfecho, profundamente satisfecho de la que él consideraba como victoria propia por ser la victoria del carácter sereno, perseverante y firme del pueblo catalán. ¡Y no poder ir él á Barcelona! ¡Y no poder llevar á Barcelona á su mujer y á sus hijos para decirles:— «Abrid

los ojos, y mirad, mirad lo que logran la fe, la voluntad y el trabajo!»

Necesitaba una suma importante, y él, como siempre, no poseía más que lo estrictamente preciso para atender á las necesidades del día.

Pero Dios quiso que hombre tan bueno realizara deseo tan natural y legítimo. Jugaba D. Pedro, con varios amigos, una pequeña cantidad á la lotería todos los sorteos, única suma que de su haber había expuesto á segura pérdida, porque en ocho ó diez años jamás fueron agraciados él y sus compañeros de jugada con el más insignificante premio; pero al fin, en la más oportuna sazón, y atribuyéndolo D. Pedro á favor divino, salió premiado el número que hasta entonces por modestia, sin duda, no había querido salir del bombo, y nuestro buen catalán cobró sus diez billetes de mil pesetas, que constituían la cantidad correspondiente á su participación.

—¡A Barcelona! ¡A Barcelona!—entró diciendo en su casa; y luego que explicó por qué modo sencillísimo había logrado medios para el viaje, madre é hijos tuvieron la crueldad de contrariarle amargando su regocijo, bien que tampoco estaban ellos conformes todos en lo que había de hacerse con tanto dinero. La madre iría de buena gana á Sevilla, á Cádiz y á los Puertos; las chicas preferían un viaje á San Sebastián, paraíso encantado desconocido para ellas; el chico *astamencado* no sentía ninguna necesidad de salir de Madrid, y lo que se había de gastar en su viaje,

lo recibiría de buena gana en efectivo, porque estaba, según decía, muy necesitado de *guita*, y el literatillo se contentaría con que su padre le diera fondos con que poder emprender la publicación de un periódico de crítica, destinado á destruir la, en su concepto, mal adquirida reputación de los escritores más leídos y celebrados, con lo que demostraría la falta de cultura y de buen sentido del público, y le educaría á su gusto.

D. Pedro no atendió observación ni exigencia alguna, y revistiéndose de su legítima autoridad de padre de familia, mandó enérgicamente para ser obedecido. La madre y las chicas prepararon el equipaje, que D. Pedro recomendó fuese lo más reducido posible, porque viajar con mucha impedimenta es incómodo, y cursi además, y señaló para tres días después el de la partida, suponiendo que obtendría permiso de su jefe, no habiéndolo pedido en tantos años como llevaba cumpliendo su deber. Y no solo obtuvo permiso, sino que un amigo muy bien relacionado en Barcelona, y que de antiguo estimaba á D. Pedro, le facilitó cartas de presentación dirigidas á personas que han tomado activa parte en la realización del grandioso certamen universal, y cuyos nombres no hay para qué ocultar, porque son los de D. Francisco de Paula Rius y Taullet, Alcalde de la ciudad, el Marqués de Comillas, don Manuel Girona, Comisario regio, D. Manuel Durán y Bas, jurisconsulto eminente, catedrático, senador, D. Francisco López Fabra, coronel retirado, presidente del Ju-

rado, peritísimo en exposiciones y en otras muchas cosas. No necesitaba D. Pedro más que obtener de estos señores la benévola acogida propia de la bondad y cortesía que tanto les distingue para emplear útilmente en Barcelona y en la Exposición los treinta días de que podía disponer sin que le quedase por ver cosa alguna que fuere digna de ser vista.

Llegado el día de la partida, D. Pedro tomó seis billetes de ida y vuelta, y como el tiempo era bueno y no se había de empezar gastando más de lo preciso, los tomó de segunda clase, porque, á Dios gracias, él, su mujer y sus hijos gozan de buena salud, y pueden soportar sin daño la incomodidad de un viaje en segunda.

—Eso sí—les dijo D. Pedro:—en compensación os llevaré al famoso hotel Internacional, construído en cincuenta y tres días, y que dicen es muy curioso de ver. Si el precio del hospedaje es subido, lo pagaré un día y buscaremos alojamiento más propio de nuestra modesta posición; pero nadie nos quitará el honor de habernos alojado allí donde parece que se alojan todos los personajes nacionales y extranjeros. Y cuando volváis á la corte, podréis decir, sin decir mentira, que habéis estado en el hotel Internacional.

El viaje fué feliz, como que no tuvieron los viajeros otra contrariedad que hora y media de retraso. La señora de D. Pedro, por mandato de éste, llevó prevenida buena comida para el camino, con lo que no hubo necesidad de comer mal y con prisa en ninguna fonda

de estación, y unos ratos durmiendo, y otros conversando, llegaron D. Pedro y su familia á Barcelona. El catalán, con lágrimas de alegría, puso el pié en el andén, exclamando:

—¡Gracias, Dios mío, que me has permitido venir á besar la tumba de mi madre y á gozarme en el triunfo de Cataluña!

Las gentes que le oían le miraban con curiosidad, pero él no advirtió siquiera que le oían.

Seguido de su familia, salió de la estación, y al conductor de un coche de los muchos que esperan fuera á los viajeros, le dijo con la tranquilidad y decisión de un príncipe:

—¡*Noy*, al hotel Internacional!

II.

Detúvose el coche delante de la puerta principal del hotel Internacional. Bajó D. Pedro; miró á lo largo del anchuroso paseo de Colón, en cuyo extremo se levanta el soberbio monumento erigido en honra del inmortal descubridor del Nuevo Mundo; miró después hacia el lado opuesto, donde, en la antigua plaza de San Sebastián, se eleva, más modesto, el dedicado á otro hombre insigne que todos hemos conocido y admirado, y que hizo con su genio mercantil, con su poderosa iniciativa, con su incansable actividad y con su gran patriotismo, ilustre é imperecedero el nombre

de ANTONIO LÓPEZ. Y exclamó D. Pedro maravillado: «¿Qué es esto?..... ¿Dónde está Barcelona? ¿Dónde está la muralla de mar? ¿Dónde está el mar?.....» Miró luego la inmensa mole del gallardo edificio construído para hotel Internacional, é iba á continuar en sus exclamaciones de asombro, si no hubieran solicitado su atención la mujer y los hijos, que ya habían desocupado el coche, que traían atestado de sacos de noche, lios de abrigos, cajas y cestas de todos tamaños. El portero del hotel condujo al jefe de la familia á la administración, y en tanto quedó aquella en el gran patio, contemplando con curiosidad al público que ocupaba los sillones y mecedoras, gente extranjera toda, que á D.^a Manolita, nombre de la mujer de don Pedro, pareció por todo extremo rara y extravagante.

Las niñas fijábanse más que en otra cosa en el atavío de las señoras, y á la vez que se burlaban de dos inglesas muy circunspectas que vestían modestísimamente trajes grises lisos, sin embelecocos, ni arrumacos, admiraban los sombreros enormes, amarillo el uno y azul el otro, de dos francesas, que si no eran unas *cocottes* de las más caracterizadas, lo parecían; y sin embargo, á Julia y á Paquita les enamoraban aquellos estrepitosos sombreros en que una modista caprichosa había combinado con arte prodigioso los encajes con las flores, y éstas con los pájaros y las plumas, formando un conjunto tan aparatoso y vistoso, que no podía menos de llamar la atención pública. Julia y Paquita se propusieron convencer á su madre

de que ellas también llamarían mucho la atención, saliendo de la obscuridad en que hasta entonces habían vivido, ataviándose como las dos elegantes parisienses. Lo difícil sería convencer á D. Pedro.

El señorito *aflamencado* paseábase por el patio, mirando con airecillo desdeñoso y un tanto insolente á los *franchutes*, como él decía, y el aprendicillo de literato libre-pensador manifestábase displicente, como si con su ridícula indiferencia quisiera demostrar que todo aquello no tenía para él ni siquiera el atractivo de la novedad.

Media hora después, habíanse instalado en una gran habitación la señora y las niñas, y en otra el padre y los dos hijos, muy contrariados éstos por no tener cuarto independiente cada cual, pues ni uno ni otro se avenían de buen grado á la vigilancia paternal.

—Os advierto—dijo el bueno de D. Pedro á su mujer y á sus hijos—que mañana mismo nos iremos de este gran hotel. ¿Sabéis lo que hemos de pagar?... Tres duros cada día por cabeza; una peseta diaria por servicio cada quisque, y si no estamos á punto á la hora de almorzar, una peseta más por barba, y otra peseta si no estamos á la de comer, de suerte que nos iba á salir todo por una friolera. A este hotel presumo que sólo pueden venir los comisionados en la Exposición con buenas dietas de los gobiernos ó de corporaciones, ó aquellos felices mortales á quienes el Ayuntamiento de Barcelona, que por lo visto es muy rumbo, paga el gasto, es decir, en lenguaje vulgar, los

que vienen de *gorra*. Mañana veré al Alcalde, si personaje tan importante recibe á un pobrete como yo, y una palabra suya, si la quiere pronunciar en obsequio mío, bastará para que se nos proporcione alojamiento más barato, aunque menos elegante.

Doña Manolita y sus hijos no habían comido jamás en la mesa redonda de un hotel, y no fué poca la sorpresa que experimentaron al hallarse en aquel comedor del piso primero del Internacional, en medio de trescientas personas desconocidas. Cuando entró la familia de D. Pedro, no había en la mesa el espacio necesario para que los seis pudieran sentarse reunidos, debiendo conformarse con ocupar los huecos que acá y allá se veían entre los huéspedes ya colocados. Y así D. Pedro y D.^a Manolita sentáronse juntos; las dos chicas, enfrente de sus padres; el *flamenco*, entre M. Mauricio Barantcevitch, delegado general por Moscú en la Exposición, y una de las francesas estrepitosas que antes había visto en el patio, y el librepensador ocupó un asiento entre un cura belga joven y un norteamericano, expositor de lustre líquido para el calzado, según rezaba el prospecto lujosísimo redactado en inglés, francés, alemán y español con que obsequió al grandísimo majadero y filósofo hijo de don Pedro. El propagandista del lustre líquido tenía toda la apariencia de un diplomático de primera fila. Don Pedro comió poco, no porque no tuviese gana, sino porque estaba ocupado en dar con el codo á D.^a Manolita á cada observación impertinente que en voz alta

hacia la andaluza relativamente á las cosas y á las personas que veía. La comida le parecía detestable, y al camarero que le decía *¡Pardon!—¡Madame!—Haricots verts s'il vous plait*, le dijo impaciente: «¡Hombre! no sea V. guasón y hable como Dios manda,» con lo que se rieron mucho los que la oyeron. Las dos chicas estaban cohibidas, mirando á su madre, que las llamaba la atención con señas poco discretas, y una de ellas, Julia, encarnada como una amapola y sofocada y azorada, oía por primera vez piropos muy acentuados y de mal gusto que por lo bajo le dirigía su vecino de mesa, un jerezano decidor y osado, con una lengua más gorda que un zapato.

La comida fué escasa y mala, la atmósfera sofocante y el ruido enojoso, con lo que D. Pedro; tan acostumbrado al orden y á la tranquilidad del hogar, quedó poco satisfecho, y casi se arrepintió de haber querido conocer el interior del renombrado hotel. Realmente establecimientos de este género no son los más propios para alojarse en ellos familias como la de don Pedro, que, en sus escasos medios, tienen en su casa una holgura y una comodidad que no encuentran en el mejor hotel, aunque paguen muy caro el pupilaje. Además, D.^a Manolita creyó advertir que aquellos camareros, lo mismo los del comedor que los que tenían á su cargo el servicio de las habitaciones, los miraban así con cierto desdén, como á gente de poco pelo, y menos dinero que pelo, como si adivinaran que no habían de ser muy rumbosas en gratificaciones

personas de condición tan modesta. Los camareros de hotel no son, en verdad, entusiastas de las gentes ordenadas y prudentes.

No era noche de fiesta en la Exposición, y don Pedro llevó á su familia á ver la Rambla, aquella Rambla que no había olvidado jamás. ¡Qué admiración la suya comprendiendo la obra colosal que habían hecho los barceloneses, ganando al mar una inmensa extensión de terreno, derribando la muralla que aprisionaba por aquella parte la ciudad, y convirtiendo sitio tan insalubre y feo en uno de los paseos más preciosos de Europa! El palacio de la Capitanía general lo reconoció perfectamente, aunque lo vió restaurado y modernizado en lo posible. Al llegar al pié del grandioso monumento á Colón, erigido en cuatro años, descubrióse D. Pedro, sintiéndose orgulloso de haber nacido en una población que tan ferviente culto rinde á las glorias de la patria. Alguno de aquellos leones le pareció más fiero de lo regular, pero el conjunto del monumento, que con la luz artificial no podía apreciar con bastante exactitud, lo consideró verdaderamente digno de la gran figura del inclito navegante y de la nación que le debe la más grande de sus glorias. Ya lo vería de día con más claridad y más espacio.

La Rambla era la misma que él tantas veces había recorrido desde Santa Mónica á Canaletas; pero él la había conocido mal pavimentada y mal alumbrada, y ahora la veía magníficamente iluminada por la electricidad, y desde la plaza del Teatro hasta el llano



de la Boquería, miles de luces de gas dentro de bombas de cristal daban á aquella parte de la arteria principal de la vieja Barcelona el aspecto de un salón de baile en un palacio encantado. Las exclamaciones de D.^a Manolita y las chicas excitaban la hilaridad de los paseantes, que sin duda supondrían que aquellas mujeres procedían de algún obscuro y escondido lugarajo, pero no podían sospechar que acabasen de llegar de la misma corte de las Españas, donde, es de justicia decirlo, jamás, en tantos festejos y regocijos de todo género como hemos tenido con motivos más ó menos faustos, desde que murió *el Deseado* hasta el presente, se han visto iluminaciones tan espléndidas como las de Barcelona en sus fiestas de la Exposición.

Era inmenso el gentío, y D. Pedro, para que no se le perdieran la mujer y las chicas, tuvo que dar el brazo á aquella y obligar á los hijos á que cada uno diera el suyo á una de las hermanas. No pasaron de Canaletas, porque D.^a Manolita y las niñas, poco acostumbradas á tan largo ejercicio, y cansadas del viaje, no tenían fuerzas más que para desandar lo andado y volver al hotel.

A la madrugada de la mañana siguiente D. Pedro salió sigilosamente, dejando á su familia descansando, y fué al cementerio antiguo á cumplir su propósito de besar la tumba de su madre. Años hacía que conservaba el papel en que su padrastro le había escrito la indicación del sitio del sagrado lugar en que

reposaban tan queridos restos. Buscó febrilmente la tumba; suponía que ya estaría casi borrada por la acción del tiempo la tosca inscripción; pero todavía un hijo podría leer el nombre de la que le llevó en sus entrañas. Desde que la pobre mujer fué sepultada allí, acaso sería el primero que llegaba á poner la rodilla sobre aquella piedra y á besar aquel nombre borrado de la memoria de los vivos. Llegó al sitio, y con asombro vió que no estaba abandonada, como había creído, la sepultura de su madre, ni tampoco habíase borrado la inscripción. Larga y ancha losa de mármol negro, abriantada por los vivos rayos del sol que se elevaba majestuoso en aquel momento, cubría la sepultura, y sobre el mármol en letras primorosamente esculpidas, bajo una cruz, leyó D. Pedro, lleno de estupor, el nombre de su madre, la fecha de la muerte, y al pié en caracteres más pequeños: «Sus hijos no la olvidan.»

¿Sus hijos?... Sus otros hijos, porque él..... él no la había olvidado, pero no había puesto aquella inscripción. D. Pedro sintió profunda pena, la pena de la vergüenza.... ¡Sus hermanos, aquellos hermanos de quienes no había vuelto á saber, ni jamás sintió deseos de saber, ni recordaba siquiera sus nombres, y sólo conservaba la idea de que habían sido tan ineptos y groseros, que no tuvieron más recurso que irse de grumete á América el uno, y ponerse los otros á aprender un oficio humilde, eran, sin duda, los que demostraban no olvidar á su madre poniendo sobre su

sepultura, rodeada por elegante y artística verja de hierro, la magnífica lápida y aquella tierna expresión del amor filial. Oró D. Pedro arrodillado ante el sarcófago, y se levantó consolado, sintiéndose en su conciencia perdonado por la madre. «Ahora, pensó, falta que me perdonen mis hermanos, despreciados y olvidados por mí, que, á no dudar, valgo y soy menos que ellos.»

Eran ya las ocho de la mañana cuando salió del cementerio. Había dedicado cerca de cuatro horas á pensar en su madre muerta y en sus desconocidos hermanos. Estos seguramente le habrían olvidado, acaso con mejor razón que él tuvo para no querer acordarse de ellos.

Desde el cementerio antiguo á la casa de la Ciudad hay un buen paseo. D. Pedro sabía muy bien el camino, y no tuvo necesidad de preguntar por dónde iría. Derecho fué, notando al paso las transformaciones y mejoras hechas en varios puntos. Quería saber á qué hora podría ser recibido por el Alcalde. No estaba éste en su despacho, pero por dicha dió casualmente con el celoso mayordomo del Ayuntamiento, Sr. Feito, á quien dijo que traía carta de Madrid para Rius y Taulet, y diciéndole aquel funcionario municipal que precisamente iba á casa del Sr. Rius y de buen grado le acompañaría, emprendieron ambos la caminata á la calle de Fontanellas, donde habita el Alcalde.

Este Alcalde es una de las personas más bonda-

dosas, corteses y complacientes que hay en este mundo. Su amabilidad es tan proverbial como su maravillosa actividad y su ejemplar iniciativa. La política, que es una de sus grandes aficiones, le ha proporcionado muchos enemigos; él lo sabe, no los teme, y es el amigo de todo el mundo. Hoy Barcelona, visto el éxito de la Exposición Universal, y demostradas por Ríus y Tauler, cualidades extraordinarias, en medio de las contrariedades propias de una empresa de tan excepcional importancia, todas superadas con una serenidad incomparable y con una energía de carácter que en pocos hombres se encuentra, hace justicia á su Alcalde, y solamente algunos en quienes es más fuerte la pasión política que el sentimiento de la equidad, pretenden regatearle la parte de gloria que de derecho le corresponde.

Recibió bondadosamente el Alcalde á D. Pedro, holgándose mucho de que le trajera carta de su íntimo amigo residente en la corte, y le ofreció servirle en cuanto pudiera y facilitarle cuanto en su mano estuviese, empezando por encargarse al mismo Feito que le proporcionara alojamiento cómodo y barato en casa de gente honrada, donde la señora y las hijas de don Pedro estuvieran con el decoro debido, á fin de que les fuera agradable la residencia en Barcelona. Y á poco que le dijo el catalán forastero, vino en conocimiento Ríus de que el padre de D. Pedro y el suyo habían sido muy amigos, y lleno de júbilo por esto, redobló sus ofrecimientos y extremó sus bondades, de suerte

que salió el hombre encantado del Alcalde, y volvió contentísimo al hotel, donde recibiría brevemente aviso del nuevo domicilio que por orden de S. E. se había de buscar más que de prisa.

Don Pedro y su familia aprovecharon el tiempo en visitar con el derecho de huéspedes el interior del hotel, y no pudieron menos de admirar la perfecta disposición del edificio trazado por el original y entendido arquitecto Domenech, y ejecutado bajo su dirección. La parte correspondiente á Domenech, á los contratistas de las obras y á los albañiles, carpinteros, herreros, vidrieros y decoradores, pareció á D. Pedro, como á todo el mundo, por todo extremo digna de alabanzas y loores; el hotel constituye como edificio un prodigio del arte arquitectónico, pero como negocio industrial no parece que haya sido tan lucido como habrían deseado sus empresarios. ¡Lástima que este edificio haya de ser derribado cuando termine la Exposición, pues con esta condición se cedió por el Gobierno el terreno en que está emplazado! Barcelona merece que se conserve el edificio que ha sido hotel ocho meses y puede servir para más útil y permanente destino.

Tan contento estaba D. Pedro, que, después de esta visita al hotel, propuso á su gente ir á dar un vistazo á la Exposición, y almorzar en cierto restaurant monumental, obra también de Domenech. Intersábale ir pronto á la Exposición, porque le habían dicho que allí podría encontrar, en la oficina administra-

tiva ó en el pabellón del Jurado, á otras personas principales para quienes traía cartas. Y en efecto, allí encontró al coronel López Fabra, otro ejemplo de actividad, que con la mejor voluntad se constituyó en guía de D. Pedro y su familia durante la visita á las anchurosas naves del Palacio de la Industria.

III.

Imposible sería dar idea siquiera de la sorpresa que experimentó D. Pedro ante el grandioso espectáculo que se presentaba á su vista en el interior del Palacio de la Industria. Su primer pensamiento fué que todo aquello era infinitamente superior á las descripciones primorosamente escritas que habia leído en la prensa, y un vivísimo sentimiento de admiración le hizo prorumpir en exclamaciones de entusiasmo, con que hacía fijarse en él la atención de todos los visitantes. López Fabra le condujo á la sección española en medio de las instalaciones de Barcelona, que ocupan siete de las veinticuatro galerías que constituyen, con la nave central, el anchuroso y elegante edificio. El espacio ocupado por los expositores de Barcelona mide una superficie de 11.200 m.² Los expositores de las demás provincias sólo ocupan en el Palacio citado una superficie de 5.200 m.², por donde se ve que en la de Barcelona se trabaja y se produce, por consiguiente, más que en el resto de España, á lo

menos en lo relativo á industria propiamente dicha.

Para personas como las que forman la familia de D. Pedro, el espectáculo de una Exposición Universal tiene mucho de fantástico y maravilloso. Para la madre y las hijas, poco aficionadas á otra lectura que á la de los folletines de *La Correspondencia*, era completamente desconocido todo lo que veían. Así, el primer efecto que en ellas produjo el Palacio de la Industria fué de aturdimiento más que de sorpresa. Y tales son el prestigio y la influencia de lo verdaderamente grande y solemne, que el señorito *aflemencado*, ignorante y superficial, y el filosofastro ateo y escritorzuelo ramplón quedaron también como anonadados ante aquella magnífica demostración del poder incontrastable de la fe y del trabajo. Y aún no habían visto nada.

Contemplando las instalaciones de las poderosas fábricas de tejidos de Sert hermanos y Solá, de Fabra y Portabella, de Ferrer y Vidal, de Cuadras Feliu (1) y Compañía, y otras muchas de sedería, lanería, algodones, etc., etc., no pudo menos de avergonzarse don Pedro del miserable orgullo que le había hecho acordarse siempre con desprecio, ya que no con enojo, de

(1) D. Manuel Feliu, uno de los que más han trabajado en España en defensa de la producción del país, falleció en 1888. Los industriales catalanes no se consolarán nunca de la pérdida del antiguo presidente del Instituto de Fomento del Trabajo nacional.

aquellos hermanos suyos, de quienes lo último que supo fué que estaban de aprendices en una fábrica ejercitándose en el oficio de tejedores y ganando miserable salario. El se había considerado un sér superior por haber conseguido un empleo, y ahora comprendía lo injusto de su desdén.

López Fabra, mostrándole una instalación de singular riqueza y notable gusto, le dijo:

—Este expositor, que es una persona ilustradísima, á quien acaso encontremos pronto por aquí, era hace veinte años aprendiz en la fábrica del difunto D. Tomás Coma, no sabía leer ni escribir, y sólo con su poderosa voluntad ha logrado la fortuna que hoy posee, debida exclusivamente á su trabajo, y lo que es mejor que todo, el respeto de sus compatriotas y el amor de miles de obreros á quienes da el pan y de quienes más parece padre que jefe. Su fama de industrial inteligente y de hombre honrado es universal. Y no es éste únicamente el ejemplo que puedo presentar á V. de la virtud del trabajo. En Cataluña son muchos los que desde la esfera más humilde, desde la miseria, han subido penosamente á la cumbre sin más auxilio que el de su propia voluntad. Y no hay otro mejor ni más eficaz para el hombre de bien.

La mujer y las hijas de D. Pedro, mientras éste y los muchachos veían otras instalaciones y oían embelesados las curiosas noticias y oportunas observaciones del veterano López Fabra, deteníanse ante los escaparates en que estaban encerradas preciosidades

debidas al trabajo de la mujer. Solicitaban preferentemente su atención los primorosos encajes, que no parecían, en verdad, obra de manos humanas, sino trabajo de hadas, y así lo decían ellas, repitiendo la frase muchas veces leída en las novelas con que se solazaban á diario. Los vestidos, los corsés, los guantes, los infinitos bordados de todo género teníanlas encantadas, y la madre decía:

—¡Jesús! hijas, viendo esto le da á una no sé qué, pensando que una es tan desmanotada y tan inútil, que, como dijo el otro, no sirve una para nada en el mundo, si se va á ver.

—Si nosotras hubiéramos aprendido á hacer estas maravillas....

—Si tú nos hubieras enseñado....

—Hijas, antes tenía que haber aprendido yo.... Mal cortar, mal hilvanar, hacer una *mijita* de media y un poquito de *crochet*, y zureir de manera que no lo ve un ciego, ó uno que vaya corriendo á caballo.... Eso es todo lo que sabemos las tres.

—¡Mira, mamá, que ganarán dinero las que hagan estos primores!

—Ya lo creo: pero me parece que no tendrán tantos hijos como he tenido, porque en ese caso, digo yo, las habría faltado tiempo y gusto para ocuparse en cosas tan maravillosas. Vosotras aún podéis dedicaros á estos primores. Cuando volvamos á Madrid, aprendéis lo que podáis, levantándoos tempranito, y sin entreteneros en hablar con las chicas del tercero

desde la ventana del patio, y sin ir á ver la revista, ni la entrada de ningún rey ó príncipe de *afuera*, ni el desfile de las carreras, ni á dar vueltas por los jardinillos de Recoletos, ni á tanta funcioneita como hay allí gratuita, puede ser que con el tiempo sepáis bordar como unos ángeles. Yo bastante haré con cuidar de todos, *arrear* á aquella criada y manejar el plumero y los zorros, para que la casa no esté hecha un asco. Y vosotras, si os decidís á trabajar, para vosotras haréis, porque vuestro padre y yo vamos á escape para Villavieja, y el día menos pensado os dejaremos solas en este mundo, y si no os habéis casado, que todo puede suceder, sabiendo trabajar, os podréis defender de la miseria....

—¡Jesús! mamá, ¡qué ideas!..... nunca nos has hablado así.

—Tenéis razón; pero habéis de saber que en medio de todo esto que vemos tan grandioso y tan rico, reconozco más que nunca nuestra pequeñez y nuestra insignificancia. Allí, en Madrid, no tiene una tiempo de pensar en nada. Visita por aquí, visita por allí, desfigurar el sombrero pasado de moda, volver el vestido del revés, oír la historia del marido que se fué con otra, de la mujer que pega al suyo, leer el folletín, y discurrir luego qué le pasará al marqués Phebus de la Corbiere, y de quién será hija la interesante Cornelia, que no es hija del *braconiero* ni del *viñeron*.....

—En verdad que ya hemos perdido el hilo—obser-

va una de las chicas, al recordar su madre el folletín que leían en Madrid.

—Como que hace tres días que no vemos *La Correspondencia*. Hay que decir á papá que nos compre los números.

—Por supuesto, que ya verás como Cornelia resulta hija del *guarda forastero* que seguía siempre á la Marquesa para que no le sucediera nada cuando salía del castillo á caballo.....

En su rápida visita al Palacio de la Industria, y después de salir á la nave central, donde se halla emplazada la brillantísima instalación del Estado, subieron los expedicionarios á la galería alta, y luego se encontraron en otra de las maravillas de la Exposición, que es el soberbio puente de hierro construido por la *Maquinista Terrestre y Marítima* de Barcelona, y tendido desde la parte posterior del Palacio de la Industria hasta el mar, en cuya orilla está emplazada la hermosísima Exposición marítima. Obra de largos años, no de pocos meses, parece el hermoso y sólido puente, con las anchas y elegantes escalinatas de piedra que á él conducen, y es la demostración más completa del titánico esfuerzo hecho por Barcelona en el año 1888.

Otro espectáculo nuevo y sorprendente para la familia de D. Pedro. No se detuvieron un momento, y pronto salvaron la larga distancia, recorriendo el puente en toda su extensión para bajar á la Sección marítima. Nada más imponente y conmovedor que con-

templar el inmenso material de la mavegación acumulado en aquel ancho espacio. El pabellón de la Compañía Transatlántica Española, la poderosa sociedad creada por D. Antonio López, Marqués de Comillas, de grata memoria, presidida hoy por su hijo don Claudio, en quien resplandecen, como en aquél, las virtudes del trabajo y del patriotismo, pareció cosa de sueño á aquella familia de ignorantes que había visto poco más que nada, puede decirse, de la tierra, y ni de oídas siquiera sabía nada de las cosas del mar. Las cámaras, las literas y los departamentos todos de los barcos de la famosa Compañía, los modelos de estos barcos, los aparatos salvavidas y los de todo género necesarios para la navegacion, eran para aquella gente cosa nunca vista ni soñada siquiera.

Allí recordó el bueno de D. Pedro á aquel otro hermano que se había ido á América en un barco, en la infima condición de aspirante, ó cosa así, á pretendiente de aprendiz de grumete. ¿Qué habría sido de él?... ¿Sería también uno de los hijos que, según rezaba la losa de la tumba de su madre, no olvidaban á la que les había dado el sér?... ¿O habría perecido en medio de las olas, ó allá en apartado clima sólo y desamparado?... Años de su vida habría dado en aquel momento por saber del desconocido hermano, y sobre todo por saber que vivía.

—Otra vez—dijo D. Pedro á sus hijos—veis aquí el ejemplo del triunfo de la voluntad y del trabajo del hombre. El arte de la navegacion se nos presenta en

este pabellón en todo su admirable progreso, en toda su imponente grandeza.

—Mira tú—le interrumpió inoportunamente doña Manolita—si yo hubiera sabido que se podía ir con tanta comodidad por la mar, no me habría opuesto cuando tuviste intención de pedir un empleo para Ultramar. Esta cámara de primera es enteramente un gabinete como sólo puede tenerlo una duquesa. ¿Qué os parece, chicas?

—Yo estoy atontada.

—Y yo.

—Yo no podía figurarme esto. Mira, Perico, vámonos á Filipinas. Sacas un buen empleo para tí, y otro para cada uno de los chicos, y á la vuelta de pocos años volvemos ricos, lo mismo que D. Matías, que vino de allá y se ha jubilado, y tiene ya tres casas en Madrid, y unos terrenos cerca de la Cárcel Modelo.

—Dentro debía de estar él—observó D. Pedro.

—Desengáñate, Perico, teniendo dinero.....

—Calla, mujer, no digas eso delante de los chicos. Yo volvería de Filipinas tan pobre como habría ido.

—Pues para ese viaje no necesitábamos alforjas.

—Para nosotros, mujer, ya no hay esperanzas de mejorar de suerte. Y gracias podemos dar á Dios si no empeoramos.

—Si nos cayera otra vez la lotería..... Supongo que jugarás á la de los diez millones. Lo mismo que te han caído diez mil pesetas te podrían caer los diez millones.

—Lo mismo, pero ya verás cómo no me caen.

Mientras hablaban D. Pedro y su mujer, los dependientes de la gran Compañía naviera explicaban á las niñas y á los hermanos de éstas la aplicación de cada uno de los objetos expuestos, con lo que ellas y ellos no pudieron menos de persuadirse de su ignorancia, pues mucho de lo que allí había cualquiera conocía lo que era y para qué servía, aun sin haber navegado más allá de la orilla del estanque del Retiro. El flamenco y el filosofillo solían, acaso para disimular su falta de conocimientos generales, hacer algún que otro comentario que ellos consideraban chistoso y oportuno, y sin embargo no pasaba de ser una impertinencia sin gracia, con lo que los que les enseñaban los objetos no sé qué opinión formarían de señoritos tan insustanciales. ¡Y cuántos como éstos habrían pasado por aquel recinto, mirando con indiferencia los magníficos productos de la industria marítima, que acusan un progreso honrosísimo para nuestra patria y para la Compañía Transatlántica que tan poderosamente ha contribuído á tan notorio adelanto!

La instalación de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, de la que es alma y vida el Sr. Novo y Colson, marino y literato, no podía menos de concurrir al gran Certamen universal, presentando los medios de que dispone para el ejercicio de su meritoria y humanitaria misión. El espectáculo resulta conmovedor, y entiendo que aquellos cepillos colocados en el interior del pabellón solicitando la caridad de los

visitantes debía haberlos llenado muchas veces el público, porque nada, en efecto, más propio de personas de generosos y tiernos sentimientos que contribuir á los fines nobilísimos de la Asociación.

D. Pedro depositó su donativo, sintiendo que no pudiera ser tan grande como su voluntad, mientras D.^a Manolita y las niñas contemplaban con espanto el grupo de cera que representa con bastante propiedad un marinero que saca en sus brazos una mujer muerta en el naufragio. El grupo es interesante por todo extremo, y he visto ante aquella representación del infortunio las lágrimas en los ojos de muchas mujeres.

—¡Válgame Dios!—decía D.^a Manolita á sus hijas —¡y yo animaba á vuestro padre hace poco á que nos llevara á Filipinas! ¿quién se embarca viendo este ejemplo?.....

Como D.^a Manolita tiene, entre otros, el defecto de hablar alto en todo sitio como si estuviera en su casa, otra señora que la oyó se permitió contestar:

—¡Jesús! señora, cualquiera se embarca, y quien no se embarca no pasa la mar. Aquí donde V. me ve, he hecho tres viajes á Filipinas.....

—¡María Santísima! ¿Tres veces se ha embarcado usted?...

—No, señora; seis.

—¿Seis?

—Me parece, digo yo que serán seis, porque si he ido para allá tres veces y ahora estoy aquí, habré

vuelto otras tantas. V. me dirá si estoy equivocada.

—No, señora, no... pero V. es andaluza.

—Sevillana, para servir á V., y nacida en la misma calle del Potro, junto á la Alameda vieja.

—Yo también soy de Sevilla. ¡Bendita sea!

—Me lo había maliciado. Yo salí muy niña, y me casé muy joven.....

—Lo mismo que yo.

—Y ahora, después de rodar por medio mundo, estamos aquí mi marido y yo..... El está empleado en una empresa de vapores, y luego vendrá á buscarme. Y esta señora que me acompaña es una vecinita, que su marido tiene fotografía, y hace unos retratos que sale la persona, por averiada que esté, que parece otra.

Siguieron hablando las mujeres, y no hubieran cesado en la insustancial conversación en mucho tiempo si D. Pedro no se hubiese unido á su familia para continuar el paseo por la Exposición.

Prometiése volver á tan ameno sitio, así como D.^a Manolita prometió á la fotógrafa amiga y vecina de la andaluza que iría á que el hábil retratista le hiciera un retrato en que pareciera otra.

—Vosotros y yo—dijo D. Pedro á sus hijos—vendremos solos por la mañana para ver bien la Exposición, y las chicas y vuestra madre pueden venir por la tarde. Con ellas no veremos nada ni haremos otra cosa que perder el tiempo. La tarde la dedicaremos á ver Barcelona. Y ahora vamos á saber si el Alcalde nos ha proporcionado casa barata.



En efecto, Rius y Taulet había cumplido su promesa, y nada menos que en la calle del Consejo de Ciento, una ancha y alegre calle del Ensanche, donde hace veinte años no había más terreno edificado que el del hotel en que habita López Fabra, á la entrada del pasaje que lleva el nombre de Méndez Vigo, tuvo su alojamiento la familia de D. Pedro en casa de una viuda con dos hijas, que por treinta y seis pesetas diarias se comprometió á asistir decorosamente á las seis personas.

Holgáronse todos de tan buena proporción. El piso era tercero, con honores de cuarto, pero las habitaciones eran anchas, limpias y claras, y con unos grandes balcones bañados por el sol y desde los que se veía Gracia, San Gervasio, Sarriá, el Tibidabo, lo que encantó á D. Pedro. Las hijas de la patrona gustaron mucho á D.^a Manolita y sus hijas, por lo sencillas y modestas, y gustaron todavía más al flamenco y al otro, y creo, Dios me perdone, que en cuanto las vieron les ocurrió el mal pensamiento de intentar enamorarlas, cosa que les parecía fácil, porque ambos se consideraban poco menos que irresistibles, el uno por la gracia que poseía adquirida en la escuela de la *chulería dorada* de Madrid, y el otro por la superioridad de su talento y por su conocimiento de las mujeres, que «en todas partes son iguales, pensaba, y otorgan siempre la victoria, no al más galán y rendido, sino al más emprendedor y osado.»

IV.

Doña Anita, la viuda que dió hospitalidad en su casa á la familia de D. Pedro, prendóse por modo singular del carácter afable y expansivo de D.^a Manolita y las chicas, y desde el primer día parecieron amigas las madres y las hijas. Para las catalanas, eran completamente nuevas las frases graciosas, los oportunos chistes y las chuseas comparaciones con que amenizaban la conversación la andaluza y sus hijas, á quienes, aunque no habían nacido bajo el ardiente sol de aquella tierra de la gracia y el donaire, algo les había contagiado la madre. De suerte que, como si fueran una sola familia, todas juntas diéronse á corretear por Barcelona, dejando al bueno de don Pedro que se dedicara con toda tranquilidad á estudiar la Exposición.

Y así no dejaron por ver ninguno de los escaparates de las primorosas tiendas de la calle de Fernando, en que emplearon largas horas, y no escapó á su curiosidad ningún comercio de las calles de Don Jaime y de la Princesa, mostrándose en tal circunstancia el sentimiento con que las de Madrid veían cosas que no podían comprar, en su modesta posición, y la conformidad con que las de Barcelona confesaban la imposibilidad de lucir tan hermosos trajes, tan bellos adornos y joyas tan lindas y de tan subido valor. Porque una por una vieron y admiraron las

infinitas joyerías que existen en aquella ciudad, donde el comercio de alhajas ha adquirido gran desarrollo por la singular afición que á ellas tienen los catalanes, ó mejor dicho, las catalanas, y también, sin duda, porque en el arte de la orfebrería se ha llegado en Cataluña á la perfección, y nada se tiene que envidiar al extranjero. Las joyas que poseen las familias ricas que habitan en Barcelona constituyen por sí solas una riqueza enorme, y con ocasión de la Exposición han lucido á maravilla en los salones de Samá, de Comillas, de Marianao, de Sentmenat, de D. Camilo Fabra, de Arnús, de Girona, con admiración de cuantas personas forasteras merecieron la fortuna y la honra de ser invitadas á tan brillantes fiestas.

Pero la afición á las joyas no es propia solamente de las familias que cuentan con grandes medios de fortuna. Las de la clase media y las del pueblo honrado y trabajador también gustan mucho de ellas, y les satisface en gran manera la posesión de las que han logrado reunir en ocasión de venturosas bodas, ó por herencia ó don de seres queridos. Y sin embargo, esta afición á las joyas, que en otras partes, y no tanto en España como fuera de España, suele perder á muchas mujeres más ó menos comparables con *Margarita*, no arrastra á tal extremo, generalmente hablando, á las jóvenes catalanas privadas de fortuna que les permita poseerlas, porque el sentimiento de la virtud es superior en ellas á toda vanidad y á todas las excitaciones del amor propio.

Así, las hijas de D.^a Anita, reconociendo y confesando que aquellos brillantes artísticamente engarzados, aquellos regios adornos de pedrería maravillosamente presentados, eran cosa magnífica, no los encarecían y ponderaban como las de D.^a Manolita, que hablaban de joyas y riquezas con cierto dejo de amargura, expresión de penosísima envidia.

Siempre que pasaban las hijas de D. Pedro por delante del escaparate de Masriera hermanos, deteníanse á contemplar, como en éxtasis, las preciosidades que tan hábiles y famosos artistas tienen allí para la gente rica, y la madre les decía:

—¡Jesús! hijas, ¿para qué os embobáis así?... Para pasar un mal rato.

Conocía bien la madre á las hijas.

Las nuevas amigas de éstas, que hasta entonces no se habían fijado mucho que se diga en los escaparates de las joyerías, como de cosa que les estaba enteramente vedada, y por consiguiente jamás habrían de comprar, gustaban, más que de recrear la vista en la contemplación de tanta riqueza, de pasear por la Rambla que lleva de antiguo el nombre de las flores, por ser el sitio donde todas las mañanas se exponen para su venta las de los muchos jardines existentes en Barcelona y pueblos vecinos. Signo es de gran cultura esta afición á las flores, y el mercado de ellas el más bello ornamento de la famosa incomparable Rambla.

—Estas son joyas bonitas y baratas—decía doña

Anita á sus huéspedes, regalándoles flores de vívidos colores y suavísimo aroma.

—Y tienen—observaba una de las hijas de la viuda—sobre las de la platería la ventaja de que todos los días se pueden renovar.

Doña Manolita estimaba mucho el obsequio, porque también en su hermosa Andalucía ama las flores la mujer, y á ella le recordaban los días dichosos de la juventud y sus sueños de doncella, aquella época, lejana ya, en que estaba bien ajena de que vendría á casarse en Madrid con un catalán poco adinerado, de quien había de tener tantos hijos. Justo es decir que las chicas de D.^a Manolita no desdeñaban las flores, y con fruición aspiraban su perfume, les era grata la maravillosa variedad de matices de los hermosos ramos expuestos á la admiración pública sobre las mesas de hierro y mármol á uno y otro lado del paseo; pero sin duda habrían preferido á la más dulce azucena, á la gardenia más vistosa y al nardo más aromático, una flecha de brillantes, ó cosa así, que valiera unos cuantos miles de pesetas.

Para las dos chicas, tenía el paseo con la patrona y sus hijas otro encanto más que el de la novedad de los sitios y de las gentes y las cosas que veían: el de los piropos con que las saludaban los *gomosos* del país, que también hay en Barcelona *gomosos* como aquí, y en verdad, suelen ser tan empalagosos como aquí y en todas partes. Son las hijas de D. Pedro naturalmente elegantes y airosas, con esa elegancia

propia de la mujer madrileña de la clase media, elegancia exenta de toda afectación y toda pretensión, que tiene en puridad, por su sencillez y su modestia, más atractivo que la aparatosa con que se ofrecen á la consideración pública las que hacen profesión de elegantes y bien aderezadas, y pagan bien caras, ciertamente, las jaquecas que dan á la modista con sus caprichos y sus fantasías.

Las dos chicas, con sus vestiditos de tela barata, pero bien cortados y de irreprochable forma, con sus talles esbeltos, sin exageraciones posteriores ni anteriores, con su airoso andar y su aspecto decente de señoritas pobres y bien criadas, son, en verdad, muy agradables, y ya lo saben ellas, y como lo saben, no tiene nada de particular que pensarán, viéndose en ciudad tan populosa y donde abunda la gente de buen gusto y hay *chicos* de buenas casas con mucha *guita*, como dice la madre, que acaso, acaso allí encontrarían lo que no habían hallado todavía, y cada día se hace más difícil que hallen en Madrid chicas decentes sin dinero ni cosa que lo valga *mayormente*, como dice también D.^a Manolita. No sería extraño que la Exposición de Barcelona fuera origen de su ventura. Que gustaban á muchos, no lo podían dudar, porque muchos eran los que al pasar las miraban impresionados, y algunos los que en catalán ó en castellano las piropeaban de lo lindo. ¿Quién ha dicho que los catalanes son ariscos y desabridos? ¿quién que no saben hacer el amor ni decir ternezas?.... Si en medio

de la calle había tantos que les decían galanterías, ¿qué no sería si ellas tuvieran la fortuna de asistir á reuniones, ó á los bailes de que hablaban los periódicos?..... Esto sí que las apenaba; que no era probable que á su padre, tan desconocido en Barcelona, le invitase ningún gran señor á llevar las chicas á bailar entre la flor y nata de las aristocracias de Cataluña. ¡Y buenas estaban ellas de ropa!..... Cada una había llevado sólo dos vestidos para la calle, y si acaso el severo padre se corría á comprarles algún otro, éste sería propio para el invierno venidero. No había, pues, remedio. Era preciso que el novio le encontrasen en la calle, á la intemperie, ó tal vez en el tranvía, ó mirando al globo cautivo, ú oyendo la música, ó de noche contemplando la fuente mágica.

Por esto las chicas de D.^a Manolita apetecían estar siempre en la calle, y bendijeron la suerte que les proporcionó tan buena compañía como era la de las hijas de la patrona, que, por su parte, no parecían sentir tanta necesidad de amar y ser amadas, consagradas como estaban á amar á su madre y hacerla menos penosas las tristezas de la viudez, ayudándola además con el trabajo de sus manos en la lucha por la existencia. Es decir, que las catalanas veían sin envidia la buena impresión que hacían las chicas de D.^a Manolita en los transeuntes, y si oían algún piro-po en catalán, se apresuraban á traducirlo para conocimiento y satisfacción de las aludidas.

Los hijos de D. Pedro, que no consideraban nece-

saria para ellos la inspección detenida de las secciones de la Exposición á que aquél quería dedicarse, hallaron modo de andar sueltos, dejando al autor de sus días ir todas las mañanas solo al Parque, y prometiéndole ir más tarde á reunirse con él. Volvían luego diciendo que le habían buscado por todas partes en vano, y D. Pedro no había de irritarse en casa ajena, en consideración siquiera á la bondad y á la deferencia de la viuda y sus hijas con D.^a Manolita y las chicas. Harto le dolía, sin embargo, la indiferencia de sus hijos ante aquella gallarda manifestación del trabajo; pero era tarde para traer á mejor camino á los dos jóvenes, y él mismo culpábase de lo que lamentaba, reconociendo las deficiencias de la educación que les diera. Habían gustado las engañosas ventajas de la libertad, y ya no era fácil que renunciaran á gozarla entera.

Don Pedro, invariablemente, á las siete de la mañana salía de la casa de la calle del Consejo de Ciento, y emprendía su viaje al Parque por aquel hermosísimo paseo de Gracia, siguiendo luego toda la Rambla, donde compraba el número del veterano *Diario de Barcelona*, en que todos los domingos el insigne publicista, tan querido de los catalanes y tan respetado en toda España, D. Juan Mañé y Flaquer, publica un artículo inspirado siempre en el más acendrado patriotismo, tratando los asuntos públicos más interesantes y de actualidad con una claridad, una sensatez y una elevación de ideas en que nadie le supera, y que dan á sus opiniones una autoridad indiscutible.

Andando leía D. Pedro los partes telegráficos de Madrid, que es lo que más interesa al ausente de la corte, y luego el resto del periódico, abundante siempre en noticias locales y de todo el mundo, y con buena copia de correspondencias dignas de ser leídas, y holgábase mucho también cuando el periódico traía artículo de D. Luciano Ribera ó de D. Francisco Miquel y Badía ó de Vidal y Valenciano, tres escritores verdaderamente dignos de este nombre, que, con otros muchos asiduamente consagrados en Cataluña al trabajo intelectual, y cuyos nombres son ya en toda España conocidos y respetados, honran singularmente á la patria.

Y llegaba mi hombre á la Exposición con el voluminoso Catálogo en la mano, como guía que había de servirle perfectamente para no dejar de ver todo lo que valiera la pena de ser visto; que también hay allí, como en todas las Exposiciones, cosas que nadie ve, ni nadie sabe por qué han sido expuestas, á no ser por el gusto que experimentará el expositor leyendo su nombre impreso en la sección correspondiente.

Don Pedro había hecho en casa su estadística de la parte española de la Exposición, en esta forma:

ESPAÑA.

| PROVINCIAS. | EXPOSITORES. |
|-------------------|--------------|
| Álava.. | 7 |
| Albacete. | 472 |

| | |
|-----------------------|------|
| Alicante. | 307 |
| Almería. | 7 |
| Avila. | 4 |
| Badajoz. | 4 |
| Baleares. | 206 |
| Barcelona. | 2074 |
| Burgos. | 116 |
| Cáceres. | 13 |
| Cádiz. | 58 |
| Castellón. | 42 |
| Ciudad Real. | 14 |
| Córdoba. | 102 |
| Coruña. | 18 |
| Isla de Cuba. | 40 |
| Cuenca. | 3 |
| Filipinas. | 10 |
| Gerona. | 135 |
| Granada. | 32 |
| Guadalajara. | 4 |
| Guipúzcoa. | 73 |
| Huelva. | 124 |
| Huesca. | 10 |
| Jaén. | 9 |
| León. | 7 |
| Lérida. | 135 |
| Logroño. | 456 |
| Lugo. | 2 |
| Madrid. | 211 |
| Málaga. | 20 |

| | |
|----------------------|-----|
| Murcia. | 191 |
| Navarra. | 241 |
| Orense. | 66 |
| Oviedo. | 19 |
| Palencia. | 8 |
| Pontevedra. | 5 |
| Puerto Rico. | 102 |
| Salamanca. | 7 |
| Santander. | 30 |
| Segovia. | 1 |
| Sevilla. | 179 |
| Soria. | 5 |
| Tarragona. | 302 |
| Teruel. | 8 |
| Toledo. | 448 |
| Valencia.. . . . | 101 |
| Valladolid. | 25 |
| Vizcaya. | 40 |
| Zamora. | 2 |
| Zaragoza.. . . . | 28 |

Y comenzó por aquellas provincias que menos han contribuido al esplendor del Certamen.

Y así corrió á ver los excelentes productos cerámicos para construcción de edificios, presentados por el único expositor de la provincia de Segovia, que por esta circunstancia merece ser conocido su nombre, don Anselmo Carretero y Martín; y luego admiró las tres cabezas de caza mayor muerta por D. Antonio Covar-

si, uno de los cuatro expositores de Badajoz, que ha hecho constar en el Catálogo que mata al año de sesenta á ochenta piezas. De los cinco expositores de Pontevedra, tres son de sardinas en aceite que no le agradan á D. Pedro, aunque reconoce que es cosa exquisita para quien le guste, y gran industria, como lo acredita la fábrica de Massó, Dargentón y C.^a establecida en Buen, y cuya fabricación anual (¿fabricar sardinas?....), según confesión propia, es de 200.000 kilogramos, y mantiene 200 operarios; todo lo que prueba que hay en este mundo gran número de aficionados á la sardina. También la Coruña envía siete muestras de la industria sardinera, y es justo notar que de los diez y ocho expositores de aquella provincia, nueve lo son por cuenta del ilustrado *Diario de Avisos* de dicha ciudad, según reza el Catálogo. De Palencia hay aceite, vinos de mesa y postres, harinas de primera clase, hilados de lana y dos ejemplares de las renombradas mantas, tan estimadas por los matrimonios que ya están lejos, y lo sienten, sobre todo en estos días invernales, del calor de la pasión.

VI.

Es importante la producción de la tierra en la provincia de Murcia, y bien lo ha demostrado la variedad y la excelencia de los frutos enviados á Barcelona de los pueblos más conocidos de la misma, como

Yecla, Jumilla, Cieza, Mula, Pacheco, Bullas, Calasparra, etc., etc. Considerable es también la exposición de minerales de Murcia y Cartagena. Y es justo citar el engranador automático inventado por D. Augusto Illa, molinero-director de la fábrica *La Industrial Murciana*, y el timón-trapecio presentado por don Miguel Inera, cuyo aparato sirve para reemplazar el del barco si se inutiliza en caso de siniestro.

Vino, mucho vino, conservas, chocolate, calzado y algo de cerámica ofrece Navarra á la consideración pública. Y al tratar de Navarra no sería justo dejar de consagrar un recuerdo á sus músicos, que tanto la honran. En la Exposición figura el retrato de aquel navarro insigne que se llamó D. Hilarión Eslava, y allí ha visto con agrado todo el público las cuarenta y nueve obras musicales de otro navarro ilustre, tan popular en Navarra como en Madrid y en España entera, el maestro D. Emilio Arrieta, á quien Dios conserve entre nosotros muchos años..... Viendo los libros que contienen las partituras bellísimas del maestro Arrieta, á quien el Jurado ha otorgado medalla de oro, y ninguna más merecida, y las de otros músicos navarros, los Sres. Camó y Garriti, de Tafalla, Maya é Iñiguez, de Pamplona, todo el mundo recordaba en loor de Navarra que allí nacieron también el malogrado Gaztambide, el gran tenor Gayarre, el incomparable Sarasate, el delicadísimo Guelvenzu, el gran profesor Zabalza, el concertista Albeniz. ¡Dichoso país, que produce hombres fuertes y vigorosos para la guerra y

para el trabajo, y tiernos é inspirados artistas que son gloria de la patria!

Orense presenta buenos productos de la tierra. De Oviedo hay muy buena manteca y buen queso, sidras espumosas para los aficionados, los metales de la Real Compañía Asturiana, china opaca y loza de Pola y Compañía, y las pólvoras simuladas de la Sociedad de Santa Bárbara.

Cualquiera sabe sin haberlo visto lo que ha presentado Puerto Rico en la Exposición. Mucho café, mucho ron, viejo y fresco, de caña y de malagueta, azúcar, tabaco en rama y elaborado, algodón, muestras de maderas y algunas plantas medicinales.

La industria pañera de Béjar (Salamanca) presenta dos únicas instalaciones, á pesar de que son muchas las fábricas existentes en aquella población; y una sola casa de Salamanca, la de la Viuda é hijos de T. García, presenta algo de objetos de filigrana: en lo antiguo fué extremada la habilidad de los salmantinos en este ramo del arte de la orfebrería, en que compitieron dignamente con los cordobeses. Algo más podía haber enviado Salamanca á Barcelona.

El Marqués de la Viesca de la Sierra, de Santander, no se contenta con ser título del Reino, político, senador; es también fabricante, y los tejidos é hilados de algodón de su fábrica *La Montañesa* han lucido dignamente en el centro de fabricación más importante de España, lo que prueba su notorio valer. Otro nombre ventajosamente conocido y sumamente estima-

do por los aficionados á las buenas letras, se encuentra entre los de los expositores de Santander, el de Pereda, el autor de la incomparable *Sotileza*, que no se cansan de leer los aficionados á los buenos libros. Pereda no presenta sus obras literarias en la Exposición, porque ¿quién no las conoce?..... Como las de Antonio de Trueba, como las de su paisano Menéndez Pelayo, como las de Zorrilla y las de Campoamor, todo el mundo las lee, y han logrado ya la más alta recompensa, el aplauso universal. Los productos que presenta en la Exposición son los de perfumería de la fábrica *La Rosario* cuya razón social es Pereda y Compañía. Grato aroma es el de los productos de esta fábrica, pero no puede compararse siquiera con el encantador perfume de las *Escenas montañesas* y *El sabor de la tierruca*.

Las instalaciones de Sevilla ofrecen el aliciente de hallarse colocadas en un pabellón edificado expresamente por aquella provincia. El pabellón ha sido uno de los encantos de la Exposición. D. Pedro no quiso privar á su mujer de la agradable sorpresa de aquel primorosísimo patio, y sin decirle á dónde, llevó á doña Manolita á la instalación sevillana. Los extremos que hizo la andaluza, sus exclamaciones de admiración y de júbilo, excitaron grandemente la curiosidad de los visitantes, así como provocaron á risa sus exageradísimos encomios á todo lo allí expuesto, porque para D.^a Manolita no hay en el mundo nada tan bueno y de tanto valor como lo de Sevilla, y le parece un sér

inferior todo el que ha tenido la desgracia de no haber nacido en Sevilla, ó por lo menos en Cazalla, donde se divirtió mucho cuando muchacha. Un expositor, sevillano como ella, la obsequió con un frasco de aceitunas colosales, casi tan grandes como huevos. Y es de notar que ella sola se las ha comido, porque á don Pedro y sus hijos, y á la patrona y las chicas les parecieron demasiado saladas, cualidad que estima en gran manera D.^a Manolita.

Por lo demás, justo es consignar que los aceites, los trigos, los vinos, los anisados de Sevilla, pueden sostener la competencia con los mejores del mundo. Escusado es encarecer los productos de la fábrica de loza de la Cartuja (Pikman y Compañía), aceptados ya en todo el orbe. El calzado y los sombreros de Sevilla son también excelentes, y cuidado si debe ser difícil la confección de calzado para unos pies tan diminutos como los de las sevillanas. Dígalo D.^a Manolita, que cuando va, en Madrid, á comprarse calzado hecho, le dice el maestro: «Pero, señora, ¿dónde tiene usted los pies?..... ¿Cómo quiere usted que tenga botitas hechas para unos pies que no son pies, sino bizcochitos de espuma?..... Siéntese usted, tomaré la medida, y veré si hay algún angelito oficial de zapatero que sepa hacer calzado para usted.»

Tarragona trabaja mucho y bien. La maquinaria agrícola de Miret y Roca, Simón y Oliva; las ruelas de Quinzá, de Reus; las norias de Sales, de Tortosa; los materiales para curtir, de Valls; las herramientas

de Tarragona; los bloques de jaspes, el cemento, la tonelería, la carretería y la carpintería, dan idea exacta de lo que en aquella provincia se practica el precepto divino. La producción vinícola de aquel campo es importantísima, así como la aceitera. En saquería no hay quien compita con Tarragona. Es de justicia citar los trabajos de toda clase de los alumnos de la Sociedad de la Instrucción Obrera de Tarragona.

Entre los expositores de Toledo se hallan el Marqués de Comillas, que presenta muestras de ramío, y el Duque de la Unión de Cuba, que expone aceite y cuatro tarros grandes de seda; la mayor parte de los demás expositores presentan granos, no se crea que á consecuencia de erupción cutánea; digo que exponen trigo, cebada, cañamones y avena. En cuanto á vino y aguardiente, los pueblos de la provincia no se han quedado cortos. También hay alguna buena muestra de arropo y mostillo, y de lana, de cáñamo y esparto. Son muy bellos los objetos artísticos en hierro repujado, cincelado y damasquinado de oro y plata presentados por los Sres. Alvarez, Caballas y Martínez, y llaman la atención la capa pluvial y las casullas bordadas de oro y plata en la fábrica de don Ildefonso Mole. Las reverendas monjas de la Madre de Dios, en aquella ciudad, presentan dos cuernos de la abundancia, que le gustaron mucho á D.^a Manolita por lo de la abundancia.

El mosaico Nolla, de Valencia, es tan conocido, que basta citarlo, para que todo el mundo sepa de lo

que se trata. Pero debe decirse que cada día es más bello y artístico este excelente y útil producto. También es sabido que en Valencia se construye excelente maquinaria, de la que hay algunas muestras en Barcelona. Y allí sí que hay grano; empleando una frase vulgar, puede decirse que Valencia envía la mar de arroz. El Marqués de Campo, valenciano entusiasta y espléndido, ha construido un magnífico pabellón, que regala al Ayuntamiento de Barcelona, sin el contenido, por supuesto. En este pabellón expone el opulento Marqués, en primer lugar, su retrato en pintura, en fotografía, en yeso, en mármol y en bronce, en la juventud, en la edad madura y en la ancianidad, porque el señor Marqués ya es hombre de largos años. Expone también antigüedades y objetos de arte de gran mérito, lo que no prueba otra cosa que la buena fortuna del señor Marqués, que le ha permitido adquirir cosas de alto precio. Asimismo expone vistas de los barcos que poseyó, ó posee, y una locomotora hermosa, que se llama *Valencia*, y que es de suponer no haya construido el Sr. Marqués. Por lo demás, el pabellón especial que lleva su nombre es preciosísimo, y será siempre bello ornamento en el Parque de Barcelona.

Abundan en Valencia vinos, licores, aguardiente y cerveza, aceite y chocolate, que son de superior calidad. De esto podrán informar los jurados de la sección correspondiente que han sufrido con el más estoico valor la penitencia de probar todos los vinos, todos

los vinagres, todos los aceites y todas las mieles y arropias de España y del extranjero. No sé cómo han podido realizar este trabajo, superior á los de Hércules.

¡Qué bonitos abanicos los de D. Eduardo Bonell! y ¡qué bellos bordados los de la fábrica *La Bordadora!* Son bordados mecánicos que seguramente compiten con los ingleses.

Los artistas valencianos, que los hay notabilísimos, han enviado bastantes cuadros al Palacio de Bellas Artes (1).

Trabajan bien la cera en Villalón (Valladolid), y para allí no se inventó aquello de «no hay más cera que la que arde.» Los vinateros vallisoletanos han sido parcos en la presentación de sus productos, así como los agricultores. Sólo hay dos expositores de cereales, y eso que la noble Castilla la Vieja es el granero de España. Y con esto, los tejidos de algodón crudo de D. I. V. del Castillo, los bordados en seda de D. Tomás García y D.^a Carolina Marqués, algo de hojalatería, de productos farmacéuticos, de impresiones y encuadernaciones de la antigua acreditada casa de D. Leonardo Miñón, y las obras excelentes de arquitectura y construcción escritas por D. Marcial de la

(1) En este desaliñado trabajo no se ocupa el autor en el examen de la Sección de Bellas Artes, porque no se considera con la competencia suficiente para ejercer la crítica en tan delicada materia.

Cámara, no hay más que digno de notar sea en la exposición de Valladolid.

Las aguas de Larrauri, las de Zaldívar, las de Marquina, provincia de Vizcaya, todas de universal reputación, han sido presentadas por sus explotadores para recordar al público dónde tiene un elemento de salud de que disponer. D. Pedro no se detuvo ante estas instalaciones, y D.^a Manolita, leyendo en cierto prospecto que todas estaban indicadas para combatir la inapetencia, no pudo contenerse y exclamó:— «¡Jesús! ¡lo que nos sobra á nosotros es apetito!»

Los mosaicos hidráulicos de la *Progresiva*, de Bilbao; los productos de hierro y de acero de las poderosas sociedades de metalurgia y construcciones *La Vizcaya*, de *Altos hornos* y *Santa Ana*, conocidas y apreciadas en todo el mundo, dan importancia excepcional á la industria vizcaína. También la Sociedad Española de dinamita y productos químicos ha expuesto. D.^a Manolita, oyendo hablar de dinamita, creyó que sería cosa de comer, y D. Pedro tuvo necesidad de explicarle los terribles efectos de esa materia explosiva.

Entre los pocos expositores de Zaragoza, hay dos inventores, D. Francisco Hueso de la Orden, vecino de Ateca, que ha compuesto un aparato llamado *Veticula* para combatir las enfermedades criptogámicas de las vides y demás plantas. ¡Lástima que no se invente otro contra las enfermedades que afligen físicamente al hombre ó lo desfiguran moralmente! El segundo

inventor es D. Vicente Narbona, farmacéutico de aquella ciudad heroica, que ha construido un aparato para pulverizar sustancias medicinales.

En Zaragoza y en Escatrón hay buenos anisetes, y en Riela buen vino, á juzgar por las muestras presentadas y según informes de un jurado peritísimo. Las harinas de Zaragoza son también superiores. Buenos sastres me parecen los Sres. Peña y Tena, que han enviado prendas de caballero por las que el caballero que se las ponga podrá pasar en todas partes por caballero de buenas prendas. También, y no sería justo omitirlo, se construyen pianos en Zaragoza. D. Miguel Soler é hijos los presentan muy hermosos.

Terminadas las visitas á las instalaciones de las provincias españolas, vió D. Pedro detenidamente el soberbio Palacio de Ciencias, sirviéndole de guía el ilustrado ingeniero industrial D. Alvaro de la Gándara, jefe de aquella sección de la Exposición, donde admiró las instalaciones de material de enseñanza de Juan y Antonio Bastinos, de Barcelona; de aparatos para farmacia y química, de Jordi, Rubert y Solet, y Sucesores de Casademunt; de objetos de porcelana y cristal decorados al fuego, de Tallada y Lora; los planos de una aeronave, de Fradera; los aparatos ortopédicos de Clausolles, Casanovas y Cortacans; el inmenso material y los preciosos trabajos de los alumnos de la Escuela Municipal de Ciegos y Sordo-mudos de Barcelona; los animales disecados de Malagrida Jornis; la

fabricación de alabastro y yeso blanco para cielos rasos, tallistas y pintores, de D. Juan Omedes; los materiales de construcción y minerales de D. Manuel Gispert Pujals; los barnices de Cañas y Grau, de Badalona; el modelo de horno de Berrens; los azulejos, de Tremoleda; el material completo para conducción y distribución del gas, de la Viuda de Manuel Tomás, de Villanueva y Geltrú; los hilos eléctricos, de Vilafranca; los sillones de operaciones quirúrgicas, de Maciá; los aparatos para inhalaciones de aire comprimido, de Marsillach; los de vacunación, de Macaya; la cama terapéutica, de Mir; el aparato de aeroterapia, de Díaz de Liaño; los astronómicos de Santaolaria y Miralles de Barcelona, y de Moragas y Valero, de Gracia; los productos químicos y farmacéuticos de todos los boticarios de Barcelona; los trabajos de los alumnos de todas las escuelas municipales de aquella ciudad, y, en fin, una suma enorme de libros de ciencia y de enseñanza, de autores catalanes.

En el mismo edificio asistió D. Pedro á una sesión del Congreso económico, quedando admirado de ver el bello salón dedicado á estos actos, elegante, severo y perfectamente dispuesto, y allí tuvo ocasión de conocer á muchos hombres ilustres, cuyos nombres había leído repetidamente en los periódicos. Presidía la sesión D. Federico Nicolau, naviero, diputado á Córtes, y cuando D. Pedro entró, pronunciaba patrióticas y enérgicas frases en defensa de la obra de civilización de los frailes en Filipinas el Sr. D. José Elías de Mo-

líns, contestando á no sé qué orador madrileño que antes había tronado contra aquellos dignos religiosos. De tal suerte se complació D. Pedro la primera tarde que asistió al Congreso, que se propuso asistir todas las siguientes, y así lo hizo, tomando asiento tímidamente en los escaños de los congresistas, por donde D.^a Manolita, que asistió á una sesión desde la tribuna con las chicas y las de la patrona, no pudo menos de pensar que su marido había perdido lastimosamente el tiempo llegando á la edad que tenía sin haber metido siquiera la cabeza en el Congreso, el de los Diputados, con lo que no habría trabajado tanto en este mundo y habría echado otro pelo. D. Pedro oyó con deleite la brillante palabra del Sr. Navarro Reverter, un ingeniero que sabe de todo y todo lo sabe bien, y habla de una manera maravillosa; admiró la profundidad de concepto y la sencillez y claridad de expresión con que el Sr. Durán y Bas disertó sobre los impuestos; aplaudió al Sr. Bosch y Labrús, proteccionista á macha martillo, y á D. Gabriel Rodríguez, persona de gran valer, libre-cambista entusiasta, á quien los catalanes, tan opuestos á sus ideas económicas, han oído con respeto y tratado con la más exquisita cortesía. Y por último oyó con sumo placer la franca y pintoresca oratoria del ilustrado obrero catalán señor Roca y Galés, popularísimo en toda Cataluña y muy conocido en Madrid, donde muchas veces ha estado formando parte de comisiones de aquel país encargadas de gestionar asuntos relacionados con los sagra-

dos intereses de la industria española (1). Don Pedro asistiendo á este Congreso económico no pudo menos de recordar el nombre de uno de sus amigos de la infancia, que luego le halló en Madrid, y con quien siempre conservó cordialísimas relaciones, el malogrado D. José Puig y Llagostera, inteligente fabricante, tipo originalísimo que riñó tremendas batallas en defensa de la producción catalana, hombre de valor temerario y que había corrido las más asombrosas aventuras, excelente amigo y temible enemigo, y siendo diputado á Córtes presentó ó pensó presentar una proposición de ley marcial, ó cosa así, con arreglo á la cual debería ser fusilado sumariamente todo conspirador contra la paz pública. «Pepe Puig, pensaba D. Pedro, hubiese hecho gran papel en esta Exposición, no habría callado en este Congreso, y hubiera levantado alguna tempestad. Aquél era un hombre terrible y que valía mucho.»

Una tarde, saliendo del Congreso, D. Pedro se reunió con su mujer y sus hijas, que le esperaban, y con ellas fué á visitar al ayunador Succi, que ocupaba una habitación en el propio Palacio de Ciencias. Allí estaba el émulo del doctor norteamericano Tanner, custodiado y vigilado por una comisión facultativa.

—Oye tú, Perico—preguntó D.^a Manolita á su marido—¿quién es ese sujeto?

(1) Creo que el obrero Sr. Roca y Galés también ha sido diputado á Córtes.

—Es Succi.

—¿Chuchi?... ¿Y qué hace?...

—No come.

—¿Está malo?...

—Nó, ya le ves, que lleva diez días sin comer, y anda, habla, brinca, maneja el florete, se ríe y no tiene novedad.

—¡Ave María! ¡qué *guasonazo*!

—Sólo toma alguna purga que otra, y todos los días le lavan el estómago.

—Cómo si fuera un cuello postizo. Eso sí, lo que es á un hombre como éste, por lo limpito se le puede querer. Pero puede que coma alguna cosita sin que nadie lo vea.

—Nó, mujer, no come; ¿no ves que ni un momento le pierde de vista el consejo de vigilancia?...

—Eso sí; y si comiera, digo yo que se lo conocería la lavandera.

—¿Qué lavandera?.....

—La que le lava el estómago.

—Mujer, no digas tonterías, que nos están oyendo.

—Bueno, pero vamos á ver, ¿qué es lo que se propone este hombre con no comer?....

—Pues, hija, dar de comer á su familia.

VII.

Cada día interesaba más vivamente la curiosidad de D. Pedro el grandioso conjunto de la Exposición,

pero lo que en mayor grado excitaba su admiración era el prodigioso desarrollo de la industria catalana. No se cansaba de ver y parecía que había de faltarle tiempo material para examinar todas las instalaciones. Con verdadero asombro vió en la Galería de máquinas la perfecta demostración de que Cataluña puede suministrar á España todas las aplicables á las necesidades industriales y agrícolas, y á las de la navegación, la construcción, las artes y oficios. La *Maquinista Terrestre y Marítima*, constructora de las que ponían en movimiento todas las de las instalaciones de la citada galería, ha hecho con motivo de la Exposición gallardo alarde honroso de sus poderosos medios, produciendo en los expositores extranjeros una profunda impresión, porque muchos de ellos no se figuraban que en España existiera establecimiento de tan grande importancia. En Barcelona construyen maquinaria, además de la Sociedad mencionada, *El Nuevo Vulcano*, los hermanos Alexander, Barret, Bas, Escuder, Declat, Gatell, Sola, Sucesores de Pfeiffer, Maratona, Genis y Bureau, Torres, Sabaté y Compañía, inventores de un nuevo motor; los Hermanos Bertrán, Xiqués é hijo, Maristany, Rouviere, Quintana Hijo, Trinxé, Sierra, Valls Hermanos, Abelló, Fuentes, Perig y Negré, Marull, Renom, Rinchet, Solé y Espuñ, Baciana, Domenech, Juliá Hermanos, Pont y Ricart, Prieto, Parés y Morros, Codina, Seix Milá y Compañía y otros muchos que es imposible citar.

Don Pedro creyó que el mejor regalo que podía

hacer á cada una de sus hijas era una máquina de coser, y compró dos primorosas á Escuder, un fabricante ingeniosísimo que ha logrado fijar la atención de todos los visitantes de la Exposición con el constante movimiento de rotación de una bola colosal en rededor de la cubierta del kiosko en que expone sus máquinas. Mucha gente se quedó sin saber cómo se daba impulso á la bola de Escuder, no viéndose correa, hilo, alambre ni cosa tal que pudiera ponerla en comunicación con el motor que hacía funcionar las máquinas. En la disposición de la cubierta del kiosko, sobre la cual giraba constantemente la esfera, estaba el secreto. Así lo aseguró D. Pedro á su mujer y sus hijas que estábanse con la boca abierta mirando cómo la bola daba vueltas y vueltas sin detenerse un momento. El Sr. Escuder es indudablemente un gran mecánico.

No hay aparato ni instrumento propio para las faenas agrícolas que no se construya en Barcelona, y la industria vinícola encuentra allí todo lo mejor en pipería, prensas, cubas, botas, taponería, etc.

Los agricultores de la provincia de Barcelona que exponen los productos de su cultivo son unos trescientos, y entre ellos se distinguen la señora Marquesa de Alós, el Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupi, hijo de aquel insigne defensor de la producción nacional D. Juan Güell y Ferrer á quien la gratitud de sus conciudadanos ha erigido en aquella ciudad gallardo monumento, inaugurado en el mismo año de la Expo-

sición; el Duque de Solferino, D. Pedro Bosch y Labrés, tan conocido por sus campañas proteccionistas; el Marqués de Camps, D. José Ferrer y Vidal, senador del Reino, uno de los primeros fabricantes y persona de grande ilustración, Presidente de la *Previsión*, la primera sociedad de seguros sobre la vida á prima fija, que se estableció en España (1); el Marqués de Monistrol y Conde de Sástago, el Marqués de Comillas, el Barón de Vilagayá.

Las instalaciones más grandiosas han sido, á no dudar, las de la industria tradicional catalana, la de tejidos de lana, de novedades y pañería, franelas, tintorería, mantonería, sederías, felpillas, tejidos de seda, oro y plata, pañolería de seda, géneros de punto, tapicería para muebles, alfombras. La España Industrial, los ya citados Sert Hermanos y Solá, la Sociedad Fabra y Portabella, el Gremio de fabricantes de Sabadell, el Instituto Industrial de Tarrasa, Batlló y Batlló, propietarios de la inmensa fábrica de las Corts de Sarriá, que ningún viajero debe dejar de visitar; Borrell Hermanos y Compañía, Hijos de M. Gusi, y otros, han demostrado el progreso que, en medio de las mayores contrariedades, alcanza la fabricación en Cataluña, y la firme voluntad con que, á pesar de

(1) En esta acreditada sociedad aseguró el Rey Alfonso XII un capital de 500.000 pesetas que aquella Compañía pagó religiosamente á S. M. la Reina viuda. El Rey solo había satisfecho en dos años unos 3.000 duros.

esas contrariedades, trabajan patronos y obreros, acaso sin que el capital y el trabajo proporcionen á unos y otros las legítimas ventajas que obtendrían seguramente si las cuestiones económicas fueran las más atendidas y entendidas por los gobiernos y los legisladores. Todos los hombres importantes de todos los partidos políticos han visitado la Exposición, y han tenido ocasión de conocer la situación actual de la industria y los esfuerzos titánicos de los catalanes. ¡Quiera Dios que este conocimiento de las necesidades del trabajo contribuya al desarrollo eficaz y progresivo de la riqueza que representan los elementos de trabajo con que cuenta la nación en general, y Cataluña especialmente!

Los primorosísimos bordados catalanes han sido el encanto del bello sexo que ha concurrido á la Exposición. D.^a Dolores, D.^a Manuela y D.^a Gumersinda Guimpera son tres primoras bordadoras, y dos doña Carlota y D.^a Angela de Guillerma, que pueden competir con las más nombradas de Bélgica y de Inglaterra. En ornamentos de iglesia se han visto allí maravillas. Y no digo nada de encajes y blondas, porque para ello sería preciso agotar todas las frases encomiásticas de que es merecedora la perfección que en arte tan delicado denotan los trabajos presentados.

De calzado, de sombreros, de bastonería, paraguas y sombrillas había en la Exposición surtido para servir á medio mundo elegante, y de prendas de vestir por dentro y por fuera había seguramente para tres ó

cuatro mayorías de padres de la patria, con inclusión de los rurales.

En maderas labradas, tuberías, tejidos metálicos, puertas de acero, cajas de caudales, cerrajería artística, cobres laminados, metal blanco, broncees, se trabaja mucho en Barcelona, y al tratar de esta materia es de justicia citar al ingeniero constructor señor Wohlguemuth, que ha alcanzado un gran éxito con su hermoso grupo de bronce dorado que representa la Aurora y corona la cascada del Parque. Pesa este grupo 30.000 kilos.

La cristalería, los vidrios de colores, los espejos, la cerámica, los mosaicos hidráulicos, la loza fina y ordinaria, la cacharrería han tenido digna representación.

Respecto á muebles, en Barcelona se trabaja tan bien como en Francia y en Austria, y no lo podrán negar los que hayan admirado los presentados por D. Epifanio Robert, D. José Tayá, D. Francisco Viñas, y sobre todo D. F. Vidal y C.^a, cuya reputación ha pasado la frontera, y cuya instalación en el Palacio de la Industria ha sido admirada por todas las personas de buen gusto.

También llamaba mucho la atención un mueble bonito y útil que ya se usa bastante en España, especialmente en casas de comercio y por los que tienen mucha correspondencia: la máquina de escribir, primitivo sistema Hall, de los Estados-Unidos. Esta máquina se maneja con gran facilidad; con ella se escri-

be claro, y quien se fatiga escribiendo con pluma, se distrae y se entretiene escribiendo con máquina.

Y ahora que se habla de escribir, parece ocasión oportuna de mencionar las bellas muestras de libros impresos presentadas por los editores de Barcelona Montaner y Simón, Cortezo y Compañía, Espasa y Compañía, y Sucesores de N. Ramírez, cuyos talleres de imprenta, estereotipia, litografía y encuadernación son dignos de ser visitados; Molinas, Tasso, Ullastres y otros.

La papelería es también importantísima fabricación en Barcelona. Desde el papel de estraza y el destinado al embalaje, hasta el papel ministro, el de hilo para oficinas y documentos públicos, y el de fumar *para los fumadores que no quieran morir tísicos* (así lo anuncia la viuda de Vicente Picorelli), hay allí todo el papel que ustedes quieran. Las fábricas de Romani, tan conocido, el papel, de todos los oficinistas, y en cuyo papel se habrán escrito tantos miles de minutas sin ortografía, y la de D. Wenceslao Guarro, han presentado instalaciones colosales, monumentos de resmas de papel. La fábrica del señor Guarro data del año 1773, y si hubiera espacio, sería curioso copiar entera la Cédula de privilegios, exenciones y franquicias que en aquella época le otorgó el señor Rey D. Carlos III. D. Pedro copió el principio de este documento, cuyo original el Sr. Guarro tenía colocado en un cuadro en su instalación. Dice así:



EL REY.

Por cuanto Francisco y Pedro Guarro, hermanos, fabricantes de papel en la Puebla de Claramón, Principado de Cataluña, me representaron hallarse con una fábrica de papel propia, con dos tinas, en las que diariamente se labran diez y ocho resmas de todas clases, de la mejor calidad que se ejecuta en las de Capellades, por lo que se surten de él mis secretarios del despacho y otras oficinas; pero no pudiendo consumir éstas las porciones que los interesados labran, y en atención á que ha llegado su esmero á tal grado, que excede su papel al más fino que viene de Holanda, y que el de marquilla lo gasta mi muy caro y amado hijo el Infante D. Gabriel, por haber merecido su aprobación lo exquisito de este género que hasta ahora no se ha hecho semejante en España, lo que han conseguido los interesados á costa de todo su caudal y un particular desvelo, pidieron se les concediesen diferentes privilegios, exenciones y franquicias.....»

Los privilegios que la Sacra Majestad de Carlos III concedió á los hermanos Guarro fueron el derecho de uso del *porte de espada*, y del escudo de las armas Reales, dando á su fábrica el título de Real; la exen-

ción de todo derecho en las ventas que hicieren durante diez años, y la de los que les correspondería pagar por el acopio de materiales de trapo, carnaza y cola que necesitaran para su fabricación.

De entonces acá la fábrica de Guarro ha progresado notablemente, y ella y la de Romaní han extendido por todo el mundo sus productos. Otras varias fábricas importantes han exhibido los suyos, y sorprende el gran número de industriales que fabrican el papel de fumar, género baratísimo, y que, sin embargo, debe dejar grandes ganancias, cuando tantos son los que se dedican á la industria que hasta no hace muchos años monopolizaba Alcoy.

En la encuadernación de lujo, las casas de Domenech, Miralles, Salvatella y Sabaté están á la altura del extranjero, y ha llamado extraordinariamente la atención el hermoso misal, encuadernado por el primero de los señores citados, que un querido amigo nuestro, D. Eudaldo Puig, dedica al Prelado de Vich.

En relojería, instrumentos músicos, ópticos, astronómicos; en perfumería, cepillos, abaniquería, peinería, en juguetería y estampería, no hay en el resto de España competencia posible con Barcelona.

La Exposición ha demostrado palpablemente la importancia del trabajo en todas sus manifestaciones en aquel gran pueblo, no siempre juzgado con exactitud y justicia, y al que se le han atribuido cualidades de egoísmo y de soberbia que no tiene, á la vez que se ponían en duda las que en alto grado posee.

Las dignas personas que han intervenido en la preparación y realización del gran Certamen universal merecen bien de sus paisanos y de su patria, porque han destruido preocupaciones é injusticias muy arraigadas, y han establecido lazos de fraternal amistad entre Cataluña y el resto del país.

Antes de apuntar algo acerca de las secciones extranjeras, es de justicia señalar como digno de todo encomio y de todo galardón, además de los nombres ya citados, los de Rius y Tauler, en quien todo el mundo ha reconocido cualidades excepcionales y servicios eminentes; de D. Manuel Girona, delegado regio; de D. Manuel Durán y Bas, cooperador infatigable y consejero siempre discreto y prudente; de D. Francisco López Fabra, Presidente efectivo del Jurado, que ha trabajado con un celo y con un desinterés y un acierto nada comunes; los de D. Camilo Fabra, que con grande entusiasmo y esplendidez ha contribuido al brillo de la gran fiesta de la Industria y á estrechar las relaciones de españoles y extranjeros, obsequiando á éstos de tal suerte, con tanta delicadeza y gallardía, que no hay uno solo de los representantes de las diversas naciones en la Exposición que no haya vuelto á su país encantado del opulento y caballeroso fabricante; de D. Claudio López y D. José Ferrer y Vidal, que han puesto sus grandes medios y su inteligencia al servicio de causa tan honrosa y patriótica; los del distinguidísimo ingeniero industrial D. Luís Rouviere y Bula, delegado general y verda-

dero Director de la Exposición, que ha llevado sobre sí un peso y una responsabilidad que hubieran rendido á quien no hubiese contado con tan firme voluntad y tan poderosas fuerzas de espíritu y de cuerpo; los de los ingenieros auxiliares D. Tomás Altayó y Borrás, D. José Raventós y Turrull, D. Miguel Pujol y Abella, D. Alvaro de la Gándara, D. Genaro Vinardell, D. José Bayer y Bosch y D. Carlos María Muy, y, en fin, el del secretario general D. Carlos Pirozzini y Martí, diligente y entendido como pocos.

VIII.

Han concurrido á la Exposición: Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Bolivia, Chile, China, Colombia, Dinamarca, Ecuador, Estados- Unidos, Francia y su colonia la Martinica, Holanda y su isla de Curaçao, Honduras, Inglaterra con sus colonias, Italia, Japón, Méjico, Paraguay, Portugal, República Argentina, Rusia, Suecia y Noruega, Suiza, Turquía y Uruguay.

La Exposición extranjera más notable ha sido, á no dudar, la francesa, y debe decirse que los franceses son los que con más entusiasmo han acudido al Certamen de Barcelona, y con mejor voluntad han celebrado el progreso indudable de la industria española. Realmente, en cuanto al resultado del trabajo, nada tiene que envidiar Francia al resto del mundo. La República vecina trabaja con ardor y trabaja á la

perfección, mereciendo por esto la simpatía y la admiración de cuantos aman el verdadero progreso.

A no dudar, la Exposición que celebrará Francia el año próximo, será la maravilla de las maravillas. Los franceses son maestros en Exposiciones y cuentan con elementos poderosísimos. Ellos saben bien lo que cuesta y lo que vale una Exposición universal, y por eso han tributado los más calurosos elogios á los organizadores de la celebrada en Barcelona.

La cifra de 1.879 expositores franceses en la Exposición de Barcelona es la más evidente demostración de la importancia que en aquel país se da á estas manifestaciones de la cultura y vitalidad de los pueblos.

Se necesitaría mucho espacio para poder enumerar todas las preciosidades que en maquinaria, en maderas, en mármoles, en mobiliario, en telas de vestir, alfombras, tapices, en tules, encajes, bordado y pasamanería, en material de enseñanza, impresiones, grabados, pianos, órganos, cristalería, papelería y productos alimenticios, ha presentado nuestra vecina y amiga Francia. Una Exposición verdaderamente espléndida y de buen gusto. Las porcelanas de Sevres, manufactura del Estado, presentadas por el Gobierno francés, son, en verdad, de lo más bello que puede producir el arte decorativo. De estos objetos primorosísimos queda en la casa Ayuntamiento un hermoso jarrón regalo del Presidente de la República.

Alemania no ha enviado más que 206 expositores;



pocos, pero buenos. El Delegado general del Comité central alemán, M. Adolfo Schell, persona muy inteligente y muy estimada en Barcelona, ha contribuido grandemente al lucimiento de sus compatriotas en el certamen. Preciosos artículos de *bijouterie* y de ágata, los de Theodoro Veicks; primorosos vidrios pintados, los de Fr. X. Zettler. En esta sección alemana figura como expositora la infanta de España D.^a Paz de Borbón, casada con el principe Luís Fernando de Baviera. Ha presentado una colección de porcelanas pintadas por S. A., tan amante de las artes como de las letras. Los pianos de Schaf y Compañía, de Francfort; los de Mayer, de Munich; los de Neumayer, de Berlín, y los de Ronisch, de Dresde, ofrecen evidente testimonio del adelanto de esta construcción en Alemania. Las máquinas de imprimir, las de papelería y cervecería, los telares, las molduras de madera, las lámparas y aparatos de alumbrado, los muebles de Weber Gebruder, en Stuttgart; los relojes de la fábrica existente en Baden, que construye al año 70.000 y los exporta á todo el mundo; los utensilios de hierro para cocina, el material de incendios, etc., etc., componen una exposición pequeña, pero interesante. Y no falta la famosa agua de Colonia, de la casa de Juan María Farina, que lleva un siglo y un pico de existencia, pues data del 7 de Enero de 1788.

La sección austriaca ha sido seguramente la más rica en mobiliario de lujo y fantasía, en instrumentos de música, en cuadros oleográficos y cristalerías. Son

de gran mérito las del Conde Harrach, en Neuwelt (Bohemia). También son de gran novedad las persianas y cortinillas de madera de la fábrica de Weiss, en Praga. En boquillas y objetos de ámbar y espuma de mar, había primores en esta sección. El papel que se fabrica en Austria puede presentarse como tipo de fabricación perfecta.

Los expositores italianos han sido 128. En Milán hay una fábrica de estampados de algodón, de Angeli y C.^a, que produce anualmente 15 millones de metros. Ya es producir. En Como hay un señor Aquiles Robbiati, que fabrica botones de cuerno, y produce al año 3 millones de docenas. ¿Tendrá cuernos el amigo?... Pues ande usted, que José Borsalino y su hermano, de Alejandría, se hacen cada año 150.000 sombreros, no para ellos, para el público. Pero aún hay otros fabricantes en Milán que les superan, los señores Valera y Ricci, que declaran producir anualmente sombreros para 1.200.000 cabezas. Muy bella la cerámica artística de César Moreno, de Génova; de Guillermo Castellani, de Roma, y de Félix Caramanna, de Nápoles.

Doscientos cinco expositores ha enviado Inglaterra, que presentan grandes máquinas hidráulicas, locomotoras, profusión de carbones, maquinaria agrícola, para filatura, de construcción, molinos, telares perfectos, una instalación completa para hacer pan; canillas y objetos de hilandería, herramientas de todas clases, aparatos de alumbrado, preciosísimos

modelos de buques, instrumentos quirúrgicos, que tiembla uno mirándolos; cervezas, mantecas, chocolates de Matías (no López) Lommens, de Liverpool; patatas en conserva, pieles, cuerdas, cables, carruajes elegantísimos y sólidos, velocípedos que corren solos, bicíelos y tricíelos; fusiles, cañones y ametralladoras, cuchillería y ferretería, pianos y órganos..... y, por fin, los libritos de propaganda protestante de *British and Foreign Bible Society*, cuyo reparto no se ha consentido en el recinto de la Exposición, con muy buen acuerdo.

Los Estados-Unidos han presentado una instalación general bien pensada y de gran efecto, que realmente ha suplido á la poca importancia de su exposición formada por 86 expositores.

En la sección de Bélgica, una de las más favorecidas por el público, no falta nada de lo que se produce en aquel país tan ilustrado y tan trabajador, desde el material naval, las locomotoras de gran potencia y los coches de tranvía hasta los delicadísimos encajes valencienes, de las hermanas Vander Planeke, de Courtrai. Las señoras han admirado cien y cien veces en la galería de Bélgica las espléndidas instalaciones de maravillosa cristalería, y los enormes espejos, y los elegantes muebles, y la bella joyería.

Rusia no ha presentado mucho, pero su exposición no deja de ser interesante. Hay muestras de azúcar excelente. La producción anual de azúcar refi-

nado y molido de las fábricas de Kartonenko é hijo, vale 30.000.000 de pesetas, que hay para endulzar toda la parte agria de la humanidad. Se ocupan en esta fábrica 1.750 obreros, y los dueños de estas fábricas sostienen cinco hospitales, varias escuelas y farmacias, todo para sus obreros. Presenta Rusia muchos vinos y aguardientes, embutidos y jamón ahumado, cigarros, mosaicos y objetos de madera esculpida y torneada, y papel de fumar.

Los relojes, los bordados, los hornos y estufas son los objetos de más novedad en la sección de Suiza. Suecia y Noruega no ofrecen grandes novedades. Buenas conservas, bacalao, violines de Grinager, cervezas, muebles, una locomóvil de diez caballos, calderas de vapor, bocoyes de hierro, máquinas de coser y aparatos agrícolas.

En la sección japonesa, mucho abanico, mucha cajita de laca, mucha seda, y en fin, muchas cosas bonitas, tìbores, jarrones, pebeteros, figurillas de bronce é infinidad de objetos que no echa de menos quien no tiene dinero, pero que son ornamento de buen gusto en las casas en que abunda lo que los *flamencos* llaman *guita*.

Uruguay, Paraguay, Chile y las demás repùblicas en que se habla, aunque incorrectamente, nuestro rico idioma, que algo habíamos de tener rico, han cumplido como buenas, tomando parte en la Exposición universal, y enviando productos muy estimables de la tierra, de la industria y de las artes.

IX.

El bueno de D. Pedro no perdió ocasión de asistir á los actos más ó menos solemnes que con frecuencia se celebraban en Barcelona durante la Exposición. El bondadoso Alcalde le proporcionaba billete de invitación para todos aquellos á que no podía asistir el público por falta de espacio en el local, y así D. Pedro concurrió á varias recepciones en la Casa Ayuntamiento, que es hoy, á no dudar, la más suntuosamente ornamentada entre todas las de España. Aquel Salón de Ciento no tiene igual, y entrando allí se advierte el culto que rinde Barcelona á los catalanes ilustres que en las ciencias, en las armas ó en las letras se han distinguido honrando á la patria.

Allí están los retratos de los que, por sus grandes méritos, han obtenido el inmarcesible lauro. La ciudad de Barcelona perpetúa su recuerdo para ejemplo y enseñanza de las nuevas generaciones. Cuanto más alto está el nivel intelectual de un pueblo, tanto más se afana en honrar el recuerdo de los muertos ilustres.

En el Salón de Ciento, un día, con motivo de obsequiar el Municipio á los Jurados, y otro á los oradores de los diferentes Congresos, y otro con ocasión de ofrecer los representantes extranjeros un mensaje de felicitación al Alcalde, y otro para obsequiar á S. M. Fidelísima, y otro para celebrár la visita de la egregia in-

fanta de España S. A. Serma. Sra. D.^a Isabel de Borbón, la gran dama de hermoso corazón y preclara inteligencia, reuniase todo lo más selecto y notable de Barcelona, y D. Pedro buscaba en vano, entre los nombres de aquellos grandes industriales y opulentos propietarios y banqueros poderosos, los de sus hermanos de madre. Sabía de ellos el segundo apellido, que era el mismo que él llevaba, un apellido vulgar, Pérez, que lo usa la mitad de la humanidad española, pero no recordaba el primero. ¿Cómo diablos se llamaría el segundo marido de su madre, el obscuro piloto de Masnou?... En las dos ó tres cartas que le escribió á Madrid su padre político no había firmado con su apellido, y como él no contestó á ninguna no pensó siquiera en tomarse la molestia de recordarlo. D. Pedro no sabía tampoco dónde se había casado segunda vez su madre. No había sido en la parroquia de Santa María del Mar, de la que eran feligreses ella y él en la época del casamiento, porque en vano registró los libros de matrimonios. Sin duda el casamiento se hizo en Masnou ó en otro pueblo de la costa. En la oficina del cementerio constaba la fecha del entierro, los nombres de la difunta, su estado de casada, y el detalle de haber ocurrido la defunción en una casa del barrio de la Barceloneta, casa que no encontró D. Pedro, porque hace mucho tiempo fué derribada y sustituida por otra. Había pagado los derechos de enterramiento un sujeto que no debió saber decir el apellido del viudo, porque sólo rezaba en el registro que era la muerta

Ana Pérez, mujer de Jaime.... Don Pedro se proponía seguir haciendo las investigaciones que, sin duda, le llevarían á la averiguación completa de todo lo que deseaba saber. En la época de la muerte de su madre no se había establecido el registro civil, y eran por demás deficientes los datos que habían de servir á D. Pedro para el completo logro de sus deseos. Además, evidentemente, ni su madre ni el segundo marido de ésta se habían cuidado mucho de tener arreglada la documentación personal, tan necesaria á todo fiel cristiano durante su paso por este mundo.

Don Pedro es muy aficionado á la oratoria, por lo mismo que no ha tenido jamás condiciones de orador, ni de hablador siquiera. Allá en los tiempos de la Revolución, de la Monarquía democrática y de la República, solía ir al Congreso, y allí oyó con deleite la elocuencia seductora de Castelar, la severa voz de Pí Margall, la de Salmerón, la de Figueras, y también acudió á oír á estos y á otros oradores siempre que hablaban en teatros y circos y hasta en la vía pública. Pero tuvo luego muchas obligaciones y poco tiempo libre, y hace ya mucho que ni asiste á la tribuna del Congreso ni á ninguno de los círculos en que suelen lucir sus grandes dotes los oradores más renombrados. Uno de éstos es, á no dudar, el ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo, á quien D. Pedro, persona formal y sensata, estima en mucho, reconociendo en él méritos excepcionales y servicios eminentes, que ni la pasión de partido, con ser siempre injusta é implacable,

se atreve á negarle. Supo D. Pedro que D. Antonio Cánovas pronunciaría un discurso en un banquete que le ofrecían personas del partido de que es jefe, y otras que están afiliadas á otros, y algunas que no se ocupan en cuestiones políticas, y se propuso asistir á este banquete, que se celebraría en el Restaurant del Parque, pagando cada uno de los concurrentes la cantidad señalada por los organizadores de la fiesta. Que estuvo encantado el bueno de D. Pedro oyendo la elocuente palabra del gran estadista, casi parece excusado consignarlo, y que admiró la vigorosa entonación, la claridad de la frase, la convicción sincera, profunda y patriótica que revelaban las ideas que expresaba, y no pudo menos de unir su aplauso al entusiasta de aquel concurso inteligente y distinguido, compuesto en su mayor parte de las personas más importantes de Cataluña.

Terminó el gran orador su discurso en medio de unánime ovación, y luego que salió el Sr. Cánovas del local de la fiesta, y muchos de los concurrentes estaban todavía comentando los conceptos del discurso acerca de cuestiones económicas de grande actualidad, el amigo López Fabra llegó á D. Pedro y le dijo:

—Hágame usted el favor de venir conmigo, que voy á darle una sorpresa.

Y acercándose con D. Pedro á dos caballeros de buen porte, que sin duda le esperaban, les dijo:

—Tengo el gusto de presentar á ustedes á su hermano mayor.

Don Pedro sintió en aquel punto emoción tan honda, que no pudo articular palabra. Sus hermanos le animaron con frases de afecto sincero, y López Fabra, en dos palabras, refirió cómo él se compuso para averiguar todo lo que no había logrado saber el mismo D. Pedro. El Alcalde le había ayudado mucho en la empresa, interesado también en proporcionar al catalán forastero la tan deseada satisfacción de encontrar á sus hermanos. Fabra había escrito á Masnou, había puesto en movimiento á los empleados de estadística de Barcelona, había hecho investigaciones entre los viejos marinos retirados en los pueblos de la costa, y en fin, antes de encontrar á los hermanos de D. Pedro, había hallado al padrastro D. Jaime Pérez, que vive en un precioso chalet en Caldetas, propiedad de uno de sus hijos, donde goza constantemente el espectáculo del mar tan grato á su corazón, recuerda sus trabajos, sus afanes y sus venturas de la juventud, y da gracias á Dios por haberle permitido conocer buenos y honrados y ricos á los hijos que un tiempo creyó que nada ó poco llegarían á ser en el mundo.

Más sereno, aunque profundamente conmovido todavía, D. Pedro pudo expresar á sus hermanos en sentidas frases el inmenso regocijo que experimentaba, y lo vivamente que había deseado saber de ellos y volver á verlos, y les refirió el suceso de la lotería que le permitió hacer el viaje con su familia, y realizar su sueño de tantos años de visitar la tumba de su

madre y la ciudad en que había nacido, cuyos adelantos oía ponderar con encomios que avivaban en él la curiosidad por singular manera.

Y hablando estaba con sus hermanos, en quienes jamás hubiera reconocido á aquellos muchachos ásperos, rudos, mal criados, con los que vivió algunos años en su juventud y no los podía sufrir, cuando se presentaron en el salón del restaurant D.^a Manolita y sus hijas, que como otras muchas señoras, habían subido á ver la fantástica decoración con que el inteligente Soler y Rovirosa lo había adornado para el banquete. No las vió D. Pedro, pero ellas le vieron, y fuéronse hacia él.

—Perico—le dijo la andaluza,—¿qué nos has guardado?.....

Don Pedro les dijo que aquellos dos señores eran sus hermanos, y éstos saludaron con la más delicada cortesía á D.^a Manolita y á las chicas, cuya sorpresa no hay para qué ponderar, pronunziando algunas frases galantes que sonaron muy ricamente en los oídos de madre é hijas, aficionadillas á la lisonja.

No era cosa de estarse allí tres ó cuatro horas más hablando, y los hermanos Pérez y Pérez, fabricantes de tejidos, invitaron á D. Pedro y á toda su familia para que el día siguiente les acompañaran á comer en sus habitaciones en el edificio de la nueva fábrica que acababan de levantar en el Ensanche. Y allí tendrían tiempo sobrado de contarse muchas cosas de tantos años en que no se habían visto ni oído.

—Permitidme que os abrace—dijo á sus hermanos D. Pedro.

—Con alma y vida—contestó el uno abriendo los suyos con efusión.

—Abraza, hombre—dijo el otro.—Si tú estás contento de habernos hallado, nosotros también nos regocijamos de verte.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó D.^a Manolita—parece esto cosa de comedia. ¿Quién lo había de pensar?....

Bajaron juntos la ancha escalera, salieron del Parque, y uno de los hermanos Pérez dió una voz, á la que contestó la de uno de los cocheros que allí esperaban.

—Vayan ustedes á su casa—dijo á D.^a Manolita—en nuestro coche. Nosotros nos iremos á pié á la fábrica; la noche está hermosísima.

Don Pedro se oponía, pero tuvo que ceder.

El coche era un precioso *landau*, arrastrado por dos hermosos caballos, que no tardaron cinco minutos en salvar la distancia desde el Parque hasta la calle del Consejo de Ciento.

—¡Virgen santísima!—murmuraba D.^a Manolita—¡y tienen coche!.... ¡Perico, tus hermanos tienen coche! Esto parece cosa de magia.

A D. Pedro le duraba todavía la emoción del encuentro, y callaba.

Solamente, al bajar del coche, delante de la puerta de la casa donde se hospedaban, decía hablando consigo mismo:

—¡Si habré sido yo torpe y necio!.... ¡Haber olvidado que mi padrastro tenía el mismo apellido que mi madre!....

X.

Vistieron el día siguiente sus mejores galas doña Manolita y sus hijas, y con D. Pedro y los dos muchachos encamináronse á casa de los fabricantes Pérez y Pérez. ¡Qué sorpresa!, ó mejor dicho, ¡qué de sorpresas! Aquella casa era un verdadero palacio, y sus magníficas habitaciones parecían las de un museo, tales eran la profusión y la importancia de las obras de arte allí reunidas. Las señoras de los hermanos Pérez, dos catalanas muy amables, una de ellas madre de dos preciosos niños de cinco y siete años, y la otra de una niña de diez, hermosa como un ángel, hicieron ver toda la casa á D.^a Manolita y sus hijas, mientras D. Pedro y sus hijos visitaban, acompañados de los dos hermanos, todas las dependencias de la fábrica, donde había mucho que admirar. Jamás habían visto cosa semejante los hijos de D. Pedro, habituados á la holganza y á la vida perezosa y superficial de la juventud en Madrid, y el inmenso material de una fábrica en movimiento era para ellos completamente desconocido. Y aunque eran uno y otro pretenciosos y vanidosillos, como lo suelen ser los que menos saben, no pudieron menos de comprender que dentro de aquel verdadero templo del trabajo, los seres más

inútiles é insignificantes eran ellos, y que saber dirigir empresa industrial de tal magnitud en que trabajaban más de 800 obreros, era algo más meritorio que conocer bien las suertes del toreo y poder apreciar el mérito de un volapié de *Frascuelo* ó la oportunidad de un quite de *Lagartijo*, en lo que era peritísimo el hijo aflamencado de D. Pedro; y más difícil también que escribir con poca sintaxis una diatriba contra un escritor ó contra un artista eminente, ó *pegar un palo* en un periódico á los obispos y á los mismos Santos Padres, como lo solía hacer el otro apunte, que, no faltándole ciertamente despejo natural, si estudiara mucho y leyera también mucho y bueno, podría acaso llegar á escribir discretamente sin daño de la moral ni agravio de las letras.

La historia de los dos hermanos era muy sencilla. Todo lo habían alcanzado por medio del trabajo, y con el auxilio poderosísimo del orden y del ahorro. Habían realizado en años favorables enormes ganancias, perfeccionando cada vez más sus productos, y continuaban trabajando, aunque podrían retirarse á holgar con buena renta, porque creían en conciencia que tenían la obligación de sostener, en bien de los obreros, la industria á que debían su bienestar. Y oyéndoles contar con la mayor modestia y simpática sencillez su vida de trabajo, D. Pedro sintióse avergonzado, comprendiendo qué mal hizo en abandonar la casa humilde de su padrastro y qué necio fué desdeñando á aquellos hermanos que, miserables é igno-

rantes en los primeros años de su vida, veíanse ya ennoblecidos, ilustrados y enriquecidos por el medio más honrado y digno, por el trabajo.

Confesó D. Pedro su culpa, y refirió á sus hermanos su afanosa, monótona y malsana vida de oficinista; hizoles la pintura de sus angustias de padre de muchos hijos, con pocos recursos, y ellos admiraron á su vez la virtud de un hombre que, como él, con tan escasos medios había podido cumplir tantas obligaciones. Ellos no se habían casado tan pronto como él, atentos ante todo á no cargarse de necesidades hasta contar con lo preciso para satisfacerlas. Juntos habían vivido siempre y juntos se proponían vivir mientras Dios los tuviera en el mundo, porque la estrecha unión de dos voluntades poderosas había sido y sería siempre una fuerza incontrastable para el éxito de su empresa.

Doña Manolita y sus hijas, que tan mal avenidas se hallaban con su modesta posición, sintieron así como movimientos de envidia al entrar en aquella casa y ver por todas partes la demostración evidente de una riqueza, una holgura y un bienestar que ellas jamás habían disfrutado ni esperaban disfrutar; pero fueron tantas las atenciones con que las mujeres de los dos hermanos las obsequiaron, mostráronse con ellas tan modestas, tan sencillas, tan humildes, las trataron con tan cariñoso afecto, que pronto á los enojos y amarguras de la envidia sucedieron en su corazón las dulces y tiernas alegrías de la gratitud, y compren-

dieron que aquellas dos mujeres eran dignas de la felicidad. Estableciéronse entre unas y otras suaves corrientes de simpatía, y el primer día que se vieron fueron amigas, así como D. Pedro y los dos fabricantes sintieron en sus corazones brotar con fuerza los dulces afectos fraternales, y el que era pobre se regocijó de la ventura de sus hermanos, y los que eran felices pensaron que lo serían mucho más si podían hacer partícipe de su fortuna al que había nacido de la madre misma que ellos.

Bien enterados de los medios con que su hermano contaba para la vida; conociendo los temores que le asaltaban respecto del porvenir de sus hijos, que no tenían carrera ni hábitos de trabajo, y de sus hijas, que sólo podían ofrecer á quien de una ó de otra se prendase los encantos morales y físicos que poseen muchas mujeres, y que, no teniendo otro capital, son muy desgraciadas en este mundo, pensaron que el mayor bien que podían dispensar á D. Pedro era ofrecerle una colocación ventajosa en Barcelona, á su lado, ya que no era él hombre de admitir otra clase de favores, aunque ellos le habrían querido manifestar espléndidamente el afecto y el interés que les inspiraba.

Faltaban ya pocos días para emprender el viaje de regreso, cumpliéndose el término de la licencia que D. Pedro había obtenido, y D.^a Manolita y sus hijas se entristecían pensando que acaso nunca más volverían á Barcelona. También las esposas de los hermanos de D. Pedro sentían profundamente separarse de

sus nuevas amigas, y ya habían indicado á sus maridos lo mucho que les complacería que pudiera hallarse modo de evitar la separación.

Y llegó el día anterior al señalado para la partida. Todos se hallaban reunidos en el gran comedor de la torre de Caldetas, á donde habían ido á visitar al anciano marino, padre de los hermanos Pérez y padrastro de D. Pedro, que tuvo una gran alegría viéndole. Todos estaban preocupados por la misma idea, y el mayor de los dos fabricantes aprovechó esta circunstancia para exponer lo que con su hermano y con las dos mujeres había convenido.

Y habló de esta manera, dirigiéndose á D. Pedro:

— Querido hermano, el viaje que piensas emprender mañana con tu familia, que ya la consideramos como nuestra, no puede verificarse. No te alarmes, que no queremos que faltes á ninguna obligación; lo que deseamos es que renuncies el destino de Madrid, y aceptes el que nosotros te ofrecemos de administrador ó gerente de nuestras fábricas, con doble sueldo que el de tu actual empleo. No te hacemos ningún favor, nos le hacemos nosotros, porque el destino que te confiamos no es de nueva creación y con el único fin de favorecerte; le tenemos vacante hace dos meses por muerte del que lo desempeñaba, y no lo hemos provisto hasta ahora porque nadie nos inspiraba la confianza que tú nos inspiras. Ni siquiera por ser tú quien eres aumentamos la dotación. Tendrás además casa en nuestra fábrica del Ensanche.

Aún no lo he dicho todo. A este hijo que tienes tan aficionado á los toros y á la gente del bronce, como decís en Madrid, le ofrezco otra plaza vacante, y acaso no tendrá ocasión de seguir cultivando el agradable trato de la gente flamenca, pero sí de hacer una fortuna. El empleo es en Buenos-Aires, donde está el otro hermano nuestro, aquel que se marchó niño en un barco, y que posee hoy en aquella República fincas, naves, qué sé yo, un fortunón, y nos pide le enviemos un mozo listo que quiera ganar mucho con poco trabajo. Al otro, á este filósofo y crítico, no le podemos ofrecer destino por ahora, porque no le tenemos; pero le haremos conocer á escritores que nos honran con su amistad, y tratando con ellos y estudiando sus obras y las de otros muchos, probablemente modificará su carácter agrio y excéptico, y se abrirá camino más llano que el estéril é ingrato en que se ha metido, á juzgar por lo que su padre me ha dicho acerca de sus escritos. Y puesto que tiene disposiciones excelentes, á lo que parece, para la literatura, en Barcelona, en nuestra casa, conocerá á Pepe Ixart, joven brillantísimo, crítico de verdad, que posee cualidades de buen gusto y de erudición nada comunes; al cura poeta, Verdaguer, amigo nuestro, un verdadero genio; á Colell, otro cura poeta, enérgico y valiente; á Apeles Mestres, poeta y pintor inspiradísimo; á Angel Guimerá, un dramaturgo de aliento poderoso; á *Pitarra*, el gran Federico Soler, autor dramático fecundísimo, cien veces laureado, y

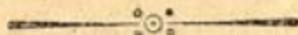
últimamente premiado por S. M. la Reina, que tan entusiasta demuestra ser de las letras; á Luis Alfonso, novelista, crítico de bellas artes, cronista amenísimo, periodista distinguido que, aunque no es catalán, le consideramos como de los nuestros; en fin, á otros muchos que son testimonio evidente de que en este país del trabajo rudo de la industria se ama también y prospera el arte bello, y son estimados los que lo cultivan noble y dignamente. En cuanto á tus hijas, amado Pedro, su gracia y su virtud casi, casi les aseguran marido en esta tierra, donde el hombre, generalmente, es honrado, sensible y poco ó nada vicioso, y ama sobre todo la paz del hogar y los placeres de la familia. Ahora que te he expuesto mi plan, querido Pedro, solo me resta decirte que únicamente tú has desconocido mi proyecto hasta ahora, porque tu mujer, tus hijas, tus hijos, mi hermano, nuestro padre, nuestras esposas, todos, en fin, están hace dos días en el secreto, y tengo la aprobación y la conformidad de todos. Así, pues, espero que no has de oponer tu sola voluntad á tantas voluntades juntas.

¿Qué había de oponer el pobre D. Pedro?... Asintió á todo, quiso arrodillarse á los pies de sus hermanos, tan buenos y generosos, pidiéndoles perdón, y ante esta actitud dijole el otro:

—Nos enojarás mucho si vuelves á hablar de lo pasado, de perdón y de todo eso que nos mortifica.

Don Pedro, que ha venido á Madrid á levantar la casa, me ha referido la sencilla historia de su viaje á

Barcelona, y me ha inspirado estos apuntes desaliñados á que pongo término, suplicando al lector que perdone bondadoso *las muchas faltas*.



PARÍS EN 1889

LA FAMILIA ESPINILLA



I.

Á PARÍS.

—Vaya usted por casa una noche de estas, que aquéllas quieren preguntarle muchas cosas.

Así me dijo la otra tarde, bajando del tranvía al propio tiempo que yo subía, mi antiguo amigo D. Gumersindo de la Espinilla, concejal que ha sido y ha hecho cuartos comprando terrenos en el Ensanche por muy poco dinero y vendiéndolos luego por mucho.

Don Gumersindo, cuando no tenía tan buena posición, hace veintiséis años, se casó con Presentación, hija de un retirado vecino mío, y de aquella época data mi conocimiento con él, y al principio frecuenté bastante su casa, y luego algo menos, pero conservando siempre las mejores relaciones, y viendo, como quien dice, nacer á sus tres hijas, que ahora tiene la mayor casi, casi los veintiséis años que llevan de casados sus papás—porque Presentación fué siempre una muchacha muy adelantada;—la segunda ha cum-

plido veinticuatro, y los veinte la tercera; tres chicas muy pizpiretas, y que, como hasta hace poco no ha poseído su padre recursos de sobra, no fueron tan brillantemente educadas como lo habrían sido si D. Gumersindo hubiese dispuesto como ahora de barro á mano para pagar profesores y meterlas desde niñas, según dice Presentación, en los trotes de la buena sociedad.

Pero nunca es tarde para entrar en estos trotes, y ahora es cuando las tres niñas talluditas de D. Gumersindo tienen profesor de piano, y otro que les enseña lenguas, y van al gimnasio y al picadero, bien que á Presentación le parece superfluo todo esto, fundándose en que ella no lo ha necesitado para ser una mujer de su casa y buena madre de familia, y en verano alquilan una casita en la Concha de San Sebastián, y este invierno han tenido un palquito en tercer turno en el Real, y reunión en casa una noche á la semana, con *luncho*, según dice Presentación, y *salteria*, como traduce *sauterie* la gallarda Tulita, que es la hija menor, y la que mejores disposiciones descubre para el estudio de los idiomas. En fin, que la familia de D. Gumersindo empieza á figurar en los sueltos de los periódicos, y este sujeto que tantos años ha vivido en la obscuridad, ha merecido ya los más lisonjeros calificativos, y las de Espinilla, madre é hijas, han sido admitidas en la categoría de personas conocidas, y así guardan ellas como una reliquia el ejemplar del periódico en que, hablando de las últimas carreras de caballos, aparecieron estas líneas: «En la

tribuna vimos, entre nuestras bellezas más espléndidas y admiradas, á la arrogante señora de Espinilla y sus tres hijas, tres nuevos astros que súbitamente han surgido en el cielo del mundo elegante madrileño.»

—¿Qué me querrán las de Espinilla?—preguntábame anoche, enderezando mis pasos al hotelito que acaba de construir el bueno del padre.—Acaso preguntarme qué he hecho del álbum que me dieron para que los mejores poetas les pongan, según la frase de Presentación, un par de versos, como quien pone un par de banderillas; tal vez desearán consultarme la redacción del *menudo*, como dice la misma señora, del banquete con que proyecta obsequiar D. Gumersindo, según me dijo, á varios amigos con quienes va á plantear una empresa de préstamos hipotecarios, á fin de adquirir por poco dinero todo el terreno edificable que hay todavía en el mundo.

Llegué, en fin, á casa de esta excelente familia, y Presentación y sus hijas me recibieron con expresivas demostraciones de satisfacción.

—¡Qué caro se vende usted!....

—Estábamos deseando que viniera V. por aquí.

—Hoy no traerá V. prisa. Tenemos que hablar mucho.

—Estoy enteramente á la disposición de ustedes, como siempre, y ya tengo curiosidad de saber de qué se trata.

—Vamos, se conoce que papá no ha dicho á usted lo que ocurre.

—No, le ví solo un momento, y me dijo que ustedes querían preguntarme muchas cosas.

—Sí, señor, muchas.

—En primer lugar, sepa V. que nos vamos á París.

—¡Hola!

—Sí, señor; nos hemos empeñado.....

—¿Ustedes?.... Mal principio de viaje es empeñarse.....

—No sea V. tan material; nos hemos empeñado con papá, y la semana que viene nos vamos.

—Celebraré mucho que se diviertan ustedes en aquella Babel.

—Eso, eso, una Babel nos han dicho que es aquello, y como V. ha estado allí tantas veces, hemos creído que nos podría informar de todo, y por eso le dijimos á papá que si le veía á V. por ahí, le dijera que viniese á vernos.

—Mire V.—añadió la mamá—ya sabe V. que Gumersindo es un hombre nulo para lo que no sea hacer cálculos sobre compra y venta de terrenos y adquirir materiales para edificaciones ganando la mar, y bastante sabe con eso; pero en todo lo demás hay que dirigirle, porque no entiende una jota. En saliendo de Madrid, yo tengo que hacerme cargo de todo, porque á él le engañarían como á un chino. Y si esto sucede en nuestros viajes á San Sebastián, yendo á París, á un país extranjero, donde se habla francés y todo, y él no sabe, figúrese V. lo que sucedería si no fuésemos las chicas y yo bien aleccionadas.

—¿Usted conoce bien aquello?—me preguntó la hija mayor.

—¡Ya lo creo! Vayan ustedes preguntando lo que quieran saber.

—Primeramente—dijo Presentación—queremos que usted nos diga si conoce allí alguna señora decente, una viuda, por ejemplo, que tenga una buena casa de huéspedes, ó si no una familia regular venida á menos, pongo por caso, la familia de un cesante, que nos cediera tres habitaciones por lo que fuera, con asistencia ó sin ella.

—Pues, amiga mía, en París no hay viudas....

—¿Qué dice usted?....

—Digo que no hay patronas de casas de huéspedes al estilo de Madrid, y tampoco hay cesantes. Esta familia de roedores, no clasificada por ningún naturalista, sólo existe en España.

—Y entonces, ¿dónde vamos á vivir allí?....

—En un hotel. Los hay magníficos, buenos y regulares, caros y económicos.

—Sí, pero ahí tenemos una Guía en francés para que la vaya estudiando Tula, y hemos visto que en todos los hoteles lo primero que dan en la comida es el *potage*, y á mí me hace muy mal cuerpo. Potaje el Jueves y Viernes Santo puede pasar, pero todos los días.... yo no tengo estómago para eso, y no quiero acabar de perderlo en París.

—No tenga usted miedo, que no lo perderá por el

potage, que no es el potaje flatulento y subversivo con que nos regalamos aquí en la Cuaresma.

—Mire usted, á Gumersindo le gusta mucho.....

—Ni usted tendrá el disgusto ni Gumersindo el gusto de comer potaje. Tula, que es tan entendida en idiomas, puede ver en el Diccionario que *potage* es un alimento hecho con caldo y pan ó pasta.

—Pues más sencillo era que dijeran sopa. Ya me chocaba que no hubiera sopa, pero como se trata de un país extranjero, y los extranjeros son tan raros, decía para mí:—Vamos, esa gente, que será capaz de comer demonios coronados, no come sopa.

—Pues, sí, señora, además de comer demonios, come sopa. Deben ustedes ir á un hotel donde por doce ó quince pesetas diarias por cabeza estarán muy regularmente, y como pasarán ustedes todo el día en la calle, y las distancias allí son muy largas, lo mejor será que paguen únicamente las habitaciones, y coman en los restaurants de la Exposición ó en los que encontrarán en todas partes dentro de la ciudad.

—¡Jesús! pues vamos á gastar lo menos quince ó diez y seis duros diarios.

—Y no será mucho; pero también pueden ustedes gastar mucho menos, almorzando á diez céntimos la ración, comiendo á peseta ó peseta y media, y durmiendo en un hotel de quinto orden, ó en el Puente Nuevo.

—¿Y cuánto tiempo cree V. que debemos estar en París para que nada nos quede por ver?